

El sueño de Don Bosco está más vivo que nunca

Ante todo, lo que estoy viendo en el mundo salesiano, siento que puedo decir con cierta autoridad: amado Don Bosco, tu Sueño sigue realizándose.

Queridos amigos, lectores del Boletín Salesiano, como cada mes, os envío un saludo personal desde mi corazón y mis reflexiones, motivado por lo que estoy viviendo, porque creo que la vida nos llega a todos y que lo que compartimos, si es bueno, nos hace bien y nos da nuevas ilusiones.

La Cuaresma y la Pascua nos invitan a renacer. Cada día. Renacer a la confianza, a la esperanza, a la paz serena, al deseo de amar, de trabajar y crear, de cuidar y cultivar las personas y los talentos y las criaturas, todo el pequeño o gran jardín que Dios nos ha confiado.

A nosotros, salesianos, la Pascua nos recuerda siempre la fiesta de 1846 en Valdocco, cuando Don Bosco pasó de las lágrimas del prado de Filippi al pobre cobertizo de Pinardi y a la franja de tierra que lo rodeaba, donde el sueño comenzó a hacerse realidad.

He visto cómo el sueño continuaba haciéndose realidad.

Les escribo ahora desde Santo Domingo, en la República Dominicana. Antes hice una visita magnífica, muy significativa, a Juazeiro do Norte (en el nordeste brasileño de Recife) y estos últimos días han sido dominicanos.

Dentro de unas horas seguiré hacia Vietnam, y en medio de este "ajetreo", que también se puede vivir con mucha tranquilidad, he alimentado mi corazón salesiano con hermosas experiencias y reconfortantes certezas.

Os las iré contando, porque hablan de la misión salesiana, pero permitidme que empiece con una anécdota que me contó ayer un salesiano, que me hizo reír, me emocionó y me

habló de “corazón salesiano”

Una pequeña lanzador de piedras

Me contaba un hermano que hace unos días, viajando por una de las carreteras del interior de este país, pasó por un lugar donde unos niños habían tomado la costumbre de tirar piedras a los coches para provocar pequeños accidentes -como romper una ventanilla- y en la confusión robar algo al viajero.

Pues bien, así fue como le ocurrió a él. Iba conduciendo por el pueblo y un niño lanzó una piedra para romper una ventanilla de su coche y lo consiguió. El salesiano salió del coche, recogió al niño y dejó que sus padres se lo llevaran. Sólo que en aquella familia no había padre (los había abandonado hacía tiempo). Sólo había una madre sufriende que se quedó sola con este niño y una niña más pequeña. Cuando el salesiano le dijo a la madre que su hijo había roto la ventanilla del coche (que el niño reconoció), y que eso costaba mucho dinero, y que tendría que devolvérselo, la pobre mujer entre lágrimas se disculpó, pidiendo perdón, pero haciéndole comprender que no tenía cómo devolvérselo, que era pobre, que le echaría la culpa a su hijo... En ese momento, la niña, la hermanita del “pequeño Magone de Don Bosco”, se acercó tímidamente con el puñito cerrado, lo abrió y le entregó al salesiano la única moneda, casi sin valor, que tenía. Era todo su tesoro y le dijo: “Tome, señor, para pagar el vidrio. Mi hermano me contó que estaba tan conmovido que ya no podía hablar y acabó dándole a la mujer algo de dinero para ayudar un poco a la familia.

Yo no sabía cómo interpretar la historia, pero estaba tan llena de vida, dolor, necesidad y humanidad que juré compartirla con vosotros. Y unas horas más tarde, muy cerca de donde me alojaba en la casa salesiana, me enseñaron otra pequeña casa salesiana donde acogemos a niños sin nadie que viven en la calle.

La mayoría son haitianos. Conocemos bien la tragedia que se está viviendo en Haití, donde no hay orden, ni

gobierno, ni ley... Sólo las mafias lo dominan todo. Pues bien, saber que estos niños, menores que llegaron aquí nadie sabe cómo, que no tienen dónde quedarse, son acogidos en nuestra casa (20 en total en este momento), para luego pasar a otras casas, una vez estabilizados, con otros objetivos educativos (donde tenemos, entre varias casas y siempre con Salesianos y educadores laicos, otros 90 menores), me llenó el corazón de alegría y me hizo pensar que Valdocco en Turín, con Don Bosco, nació así, y así nacimos nosotros los Salesianos, y un pequeño grupo de aquellos chicos de Valdocco, junto con Don Bosco, dieron vida "de facto" a la congregación salesiana aquel 18 de diciembre de 1859.

¿Cómo no ver "la mano de Dios en todo esto?" ¿Cómo no ver que toda esta obra es el resultado de mucho más que una estrategia humana? ¿Cómo no ver que aquí y en miles de otros lugares salesianos del mundo se sigue haciendo el bien, siempre con la ayuda de tantas personas generosas y de tantos otros que comparten la pasión por la educación?

Este año, en España-Madrid y en otros lugares (incluso América), se ha presentado el magnífico cortometraje "Canillitas", que muestra la vida de tantos de estos jóvenes. Me sentí feliz de tocar esta realidad con mis manos y mis ojos. Y es verdad, amigos míos, que el sueño de Don Bosco se sigue realizando hoy, 200 años después.

Ayer luego pasé todo el día con jóvenes del mundo salesiano que se llaman y se sienten líderes en toda América Latina Salesiana de un movimiento que busca que al menos el mundo educativo salesiano tome muy en serio el cuidado de la creación y la ecología con la sensibilidad del Papa Francisco expresada en "*Laudato Si*". Jóvenes de 12 países latinoamericanos estuvieron presentes (presencialmente o por internet) en su movimiento "América Latina Sustentable". Es hermoso que los jóvenes sueñen y se comprometan en algo que es bueno para ellos, para el mundo y para todos nosotros. Para que el mundo se salve: salvar significa preservar, y nada se perderá, ni un suspiro, ni una lágrima, ni una brizna de hierba; ningún esfuerzo generoso, ninguna paciencia dolorosa,

ningún gesto de cuidado, por pequeño y oculto que sea, se perderá: si podemos evitar que un Corazón se rompa, no habremos vivido en vano. Si podemos aliviar el Dolor de una Vida, o calmar un Dolor, o ayudar a un niño a crecer, no habremos vivido en vano.

Siento, ante todo esto, decir con cierta autoridad: amado Don Bosco, tu Sueño sigue MUY VIVO.

Que estéis bien y seáis feliz.

El placer de amar a Dios como San Francisco de Sales

En su famoso *Tratado del Amor de Dios*, san Francisco de Sales quiso presentar a su lector un resumen de toda su doctrina en doce puntos. Como Jesús, que practicó doce «actos de amor», quiere animarnos a practicar a su vez los siguientes actos: la complacencia, la benevolencia y la unión; la humildad, el éxtasis y la admiración; la contemplación, el descanso y la ternura; los celos, la enfermedad y la muerte de amor. Al hablar de los actos de amor, no resta en absoluto importancia al papel de los sentimientos, sino que propone los ejercicios prácticos que requiere el verdadero amor. No sorprende que el autor de este tratado fuera proclamado “doctor del amor”.

El placer del corazón humano

El primer acto de amor hacia Dios -pero esto vale también para el amor al prójimo- es practicar la “complacencia”, es decir, buscar y encontrar el placer con Él y en Él. No hay amor sin placer, como suele decirse. Para ilustrar esta verdad, san Francisco de Sales ofrece el ejemplo de la abeja: “Así como la abeja nace en la miel, se alimenta

de miel y vuela sólo por la miel, así el amor nace de la complacencia, se mantiene por la complacencia y tiende a la complacencia". Esto es verdad para el amor humano, pero también para el amor divino.

Cuando Francisco era un joven estudiante en París, había buscado y encontrado este placer en la historia de amor narrada en ese maravilloso libro de la Biblia llamado el Cantar de los Cantares, hasta el punto de exclamar en un transporte de alegría: "¡He encontrado a Aquel a quien ama mi corazón, y no lo dejaré jamás!"

El placer mueve nuestro corazón en dirección de una belleza que nos atrae, de una bondad que nos deleita, de una amabilidad que nos hace felices. Como en el amor humano, el placer es el gran motor del amor de Dios. La amada del Cantar de los Cantares ama a su amado porque su vista, su presencia, todas sus cualidades le proporcionan una gran felicidad.

Meditando sobre el Cantar de los Cantares, el doctor del amor no quiso detenerse en los placeres carnales que en él se describen. No es que sean malos en sí mismos, pues es el Creador quien los ha ordenado en su sabiduría, pero en ciertos casos pueden dar lugar a comportamientos erróneos. De ahí esta advertencia: "Quien no sepa espiritualizarlos bien, sólo disfrutará de ellos en el mal".

Para evitar inconvenientes, Francisco de Sales prefiere a menudo describir el placer del niño en el seno de su madre: "El seno y los pechos de la madre son las habitaciones de los tesoros del niño; no tiene otras riquezas que éstas, que le son más preciosas que el oro y el topacio, más amables que el resto del mundo".

Con estas consideraciones sobre el amor humano, San Francisco de Sales quiere introducirnos en el amor de Dios. Sabemos por fe que "la Divinidad es un abismo incomprensible de toda perfección, soberanamente infinita en excelencia e infinitamente soberana en bondad". Por tanto, si consideramos atentamente la inmensidad de las perfecciones que hay en Dios, es imposible que no experimentemos un gran

placer. Es este placer el que hace decir a la amada del Cántico: “¡Qué hermosa eres, amada mía, qué hermosa eres! Eres toda deseable, más aún, ¡eres el deseo mismo!”.

El placer de Dios

Lo más hermoso es que, en el amor divino, el placer es recíproco, lo que no siempre sucede en el amor humano. Por una parte, el alma humana recibe placer al descubrir todas las perfecciones de Dios; por otra, Dios se regocija al ver el placer que Él le da. De este modo, estos placeres mutuos “hacen del amor una delicia incomparable”. Así el alma puede exclamar: “¡Oh Rey mío, qué hermosas son tus riquezas y qué ricos tus amores! Oye, ¿quién tiene más gozo en ellos, tú que los disfrutas o yo que me regocijo en ellos?”.

En el dúo amoroso entre Dios y nosotros, en realidad es Dios quien tiene más placer que nosotros. Francisco de Sales lo afirma explícitamente: Dios tiene “más placer en dar sus gracias que nosotros en recibirlas”. Jesús nos amó con un amor de complacencia porque, como dice la Biblia, “su placer era estar con los hijos de los hombres”.

Dios no se hizo hombre a regañadientes, sino con gusto y alegría, porque nos amó desde el principio. Sabiendo esto, y sabiendo que Dios mismo es la fuente de nuestro amor, “nos deleitamos en la complacencia de Dios infinitamente más que en la nuestra”.

Cuando pensamos en esta felicidad mutua, ¿cómo no pensar en una comida compartida entre amigos? Es esta felicidad la que hace decir al Señor en el Apocalipsis: “He aquí que estoy a la puerta y llamo. Si alguien oye mi voz y abre la puerta, entraré en su casa y comeré con él y él conmigo”.

Otra imagen, que también se encuentra en el Cantar de los Cantares, es la del jardín lleno de “manzanos de delicias”. Es en este jardín, imagen del alma humana, donde el Esposo divino viene a morar con todos sus dones. Viene allí de buena gana, porque se complace en estar con los hijos de los hombres que ha hecho a su imagen y semejanza. Y en este jardín

es él mismo quien ha plantado el deleite amoroso que tenemos en su bondad.

Nada expresa mejor la felicidad mutua de los que se aman que la expresión utilizada por la esposa en el Cántico para describir su mutua pertenencia: "Mi amado es mío y yo soy suya". En otras palabras, ella también puede decir: "La bondad de Dios es toda mía, pues disfruto de sus excelencias, y yo soy toda suya, pues sus placeres me poseen".

Un deseo sin fin

Los que ya han probado el amor de Dios no dejarán de desear probarlo más y más, porque "al saciarnos siempre queremos comer, igual que al comer nos sentimos llenos". Los ángeles que ven a Dios siguen deseándolo.

El goce no es disminuido por el deseo, sino perfeccionado por él; el deseo no es sofocado, sino refinado por el goce. El goce de un bien que siempre satisface nunca se marchita, sino que se renueva y florece continuamente; es siempre amable y al mismo tiempo siempre deseable.

Se dice que hay una hierba con propiedades extraordinarias: quien la tiene en la boca nunca tiene hambre ni sed, tan llena está, y sin embargo nunca hace perder el apetito. El reposo del corazón no consiste en quedarse quieto, sino en no necesitar nada más que a Dios; no consiste en no moverse, sino en no tener ningún impedimento para moverse.

Se dice que el camaleón vive del aire y del viento; dondequiera que va, tiene algo que comer. Entonces, ¿por qué va siempre de un sitio a otro? No porque busque algo para saciar su hambre, sino porque siempre está practicando alimentarse del aire del tiempo. Quien desea a Dios poseyéndolo, no lo desea para buscarlo, sino para ejercitar el afecto del que goza.

Cuando caminamos hacia un hermoso jardín, no dejamos de caminar una vez que llegamos allí, sino que aprovechamos para pasear y pasar el tiempo agradablemente.

Sigamos, pues, la exhortación del Salmista: "Buscad al Señor con gran ánimo, sin dejar nunca de buscar su

rostro". Busquemos siempre a quien amamos, dice san Agustín; el amor busca lo que ha encontrado, no para tenerlo, sino para tenerlo siempre.

El placer más allá del sufrimiento

El sufrimiento no es contrario al placer. Según san Francisco de Sales, Jesús se complacía en el sufrimiento, porque amaba sus tormentos. En el colmo de su pasión, se contentaba con morir de dolor por mí. Fue este placer el que le hizo decir en la cruz: "Todo está cumplido".

Lo mismo nos sucederá a nosotros si compartimos nuestros sufrimientos con los suyos. "Cuanto más querido nos es nuestro amigo", dice el doctor del amor, "más gozamos compartiendo sus alegrías y sus penas". "Moriré feliz", dijo Jacob después de ver a su hijo José, al que creía muerto. Fue el deleite en la pasión de Jesús lo que atrajo sus estigmas a San Francisco y Santa Catalina de Siena. Curiosamente, la miel hace que la absenta sea aún más amarga, pero el dulce aroma de las rosas se agudiza por la proximidad del ajo agrio. Del mismo modo, la compasión que sentimos por los sufrimientos de Jesús no nos quita el deleite en su amor.

San Francisco de Sales quiere enseñarnos tanto el sufrimiento que proviene del amor como el amor al sufrimiento, la compasión amorosa y la complacencia dolorosa, el éxtasis amorosamente doloroso y el éxtasis dolorosamente amoroso. Cuando las grandes almas santas fueron estigmatizadas, saborearon el "gozoso amor de la resistencia por su amigo" muerto en la cruz. El amor les dio tal felicidad que compartir los sufrimientos de Jesús les llenó de un sentimiento de consuelo y felicidad.

El amor de San Pablo por la vida, pasión y muerte de su Señor era tan grande que obtenía de ello un placer extraordinario. Lo vemos claramente cuando dice que quería gloriarse en la cruz de nuestro Señor Jesucristo. En otro lugar dice también: "No soy yo quien vive, es Cristo quien vive en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe

del Hijo de Dios, que me amó y se entregó a sí mismo por mí". Santa Clara se deleitó tanto en la pasión del Salvador que atrajo sobre sí todos los signos de su pasión: "su corazón se hizo semejante a las cosas que amaba".

Todos deberíamos saber cuánto anhela el Salvador entrar en nuestras almas a través de este amor de compasión dolorosa. En el Cantar de los Cantares, el amado implora a su amada: "Ábreme, mi querida hermana, mi amor, mi paloma, mi pura, porque mi cabeza está llena de rocío y mis cabellos de gotas de noche". Este rocío y estas gotas de noche son las aflicciones y los dolores de su pasión. El divino Amante, cargado con las penas y los sudores de su pasión, me dice también: "Ábreme, pues, tu corazón, y derramaré sobre ti el rocío de mi pasión, que se convertirá en perlas de consuelo".

Maravillas de la Madre de Dios invocadas bajo el título de María Auxiliadora (3/13)

[*\(continuación del artículo anterior\)*](#)

Capítulo III. María manifiesta en la boda de Caná su celo y poder junto a su hijo Jesús.

En el Evangelio de s. Juan encontramos un hecho que demuestra claramente el poder y el celo de María al acudir en nuestra ayuda. Relatamos el hecho tal como nos lo cuenta el evangelista s. Juan en el en c. II.

Había una boda en Caná de Galilea y la madre de Jesús estaba allí. Y Jesús con sus discípulos también fue invitado a la boda. Cuando se acabó el vino, su madre dijo a

Jesús: No tienen más vino. Jesús le dijo: ¿Qué tengo yo contigo, mujer? Mi hora aún no ha llegado. Dijo su madre a los que servían: Haced lo que él os diga. Había seis tinajas de piedra preparadas para la purificación de los judíos, las cuales contenían de dos a tres metros. Jesús les dijo: Llenad de agua esas tinajas. Y las llenaron hasta el borde. Jesús les dijo: Sacad ahora y llevad al maestra sala. Y las llevaron. Y en cuanto probó el agua convertida en vino, el maestra sala, que no sabía de dónde venía (pero sí lo sabían los criados que habían sacado el agua), el maestra sala llamó al novio y le dijo: Todos sirven el mejor vino desde el principio, y cuando la gente está saciada, entonces se ofrece el inferior, pero tú has guardado el mejor hasta ahora. Así comenzó Jesús en Caná de Galilea a hacer milagros y a manifestar su gloria, y en él creyeron sus discípulos.

Aquí s. Juan Crisóstomo pregunta: ¿Por qué María esperó hasta esta ocasión de las bodas de Caná para invitar a Jesús a hacer milagros y no le rogó antes que los hiciera? Y responde que esto lo hizo María por espíritu de sumisión a la providencia divina. Durante treinta años Jesús había llevado una vida oculta. Y María, que atesoraba todos los actos de Jesús, *conservabat haec omnia conferens in corde suo* (conservaba todas estas cosas meditándolas en su corazón), como dice s. Lucas (Lc 2, 19), veneró con respetuoso silencio aquella humillación de Jesús. Cuando entonces se dio cuenta de que Jesús había comenzado su vida pública, de que s. Juan en el desierto ya había comenzado a hablar de él en sus sermones, y de que Jesús ya tenía discípulos, entonces siguió la iniciación de la gracia con aquel mismo espíritu de unión con Jesús con el que durante treinta años había respetado su ocultamiento e interpuesto su oración para instarle a realizar un milagro y manifestarse a los hombres.

S. Bernardo, en las palabras *Vinum non habent*, non, ten vino, ve una gran delicadeza de María. No hace una oración prolija a Jesús como Señor, ni le manda como a un hijo; sólo le anuncia la necesidad, la falta de vino. Con corazones benéficos e inclinados a la liberalidad, no hay

necesidad de arrancarles la gracia con industria y violencia, basta con proponer la ocasión. (S. Bernardo serm. 4 en cant.)

El doctor angélico, s. Tomás, admira la ternura y la misericordia de María en esta breve oración. Porque es propio de la misericordia considerar las necesidades de los demás como propias, ya que la palabra misericordioso casi significa un corazón hecho para los miserables, para levantar a los miserables, y aquí cita el texto de San Pablo a los Corintios: *Quis infirmatur et ego non infirmor? ¿Quién está enfermo para que yo no lo esté?* Ahora bien, como María estaba llena de misericordia, quiso proveer a las necesidades de estos huéspedes y por eso dice el Evangelio: Faltando el vino, la Madre de Jesús se lo dijo a él. De ahí que s. Bernardo nos anime a dirigirnos a María, porque si ella tuvo tanta compasión de la vergüenza de aquellos pobres y proveyó a ellos, aunque no rezara, ¿cuánto más tendrá piedad de nosotros si la invocamos con confianza? (s. Bernardo *serm. 2 dominiate II Èpif.*)

S. Tomás alaba de nuevo la solitud y diligencia de María al no esperar a que el vino faltara por completo y los invitados se dieran cuenta de ello para deshonor de los convidados. En cuanto la necesidad fue inminente, acudió en ayuda, según el dicho del Salmo 9: *Adiutor in opportunitatibus, in tribulatione.*

La bondad de María hacia nosotros demostrada en este acontecimiento resplandece aún más en la conducta que mantuvo tras la respuesta de su divino hijo. Ante las palabras de Jesús, un alma menos confiada, menos valiente que María, habría desistido de seguir esperando. En cambio, María, nada turbada, se volvió a los criados que estaban a la mesa y les dijo: Haced lo que él os diga. *Quodcumque dixerit vobis, facite* (cap. II, v. 4). Como si dijera: Aunque parezca negarse a hacer, sin embargo, hará (Beda).

El erudito P. Silbeira enumera un gran complejo de virtudes que resplandecen en estas palabras de María. La Virgen dio (dice este autor) un ejemplo luminoso de fe, pues aunque oyó de su hijo la dura respuesta: Qué tengo yo que ver

contigo, no vaciló. Cuando la fe es perfecta, no vacila ante ninguna adversidad.

Ella enseñó la confianza: pues, aunque oyó de su hijo palabras que parecían expresar una negativa, de hecho, como dice el citado Beda, bien podía creer que Cristo rechazaría sus plegarias, sin embargo, actuó contra toda esperanza, confiando plenamente en la misericordia del hijo.

Enseñó el amor a Dios, mientras procuraba que por un milagro se manifestara su gloria. Enseñó la obediencia, mientras persuadía a los siervos a obedecer a Dios no en esto ni en aquello, sino en todo sin distinción; *quodcumque dixerit*, lo que él os diga. También dio un ejemplo de modestia cuando no aprovechó la ocasión para vanagloriarse de ser la madre de un hijo así, pues no dijo: "Lo que mi hijo os diga", sino que habló en tercera persona. No obstante, inspiró reverencia a Dios al no pronunciar el santo nombre de Jesús. Nunca he encontrado todavía, dice este autor, en la Escritura que la Santísima Virgen pronunciara este santísimo nombre por la gran reverencia que le profesaba. Daba ejemplo de prontitud, pues no les exhortaba a oír lo que iba a decir, sino a hacerlo. Por último, enseñaba prudencia con misericordia, pues decía a los criados que hiciesen *todo lo que les mandase*, para que cuando oyesen la orden de Jesús de llenar de agua las tinajas, no la imputasen una ridiculez: era una suprema y prudente misericordia para evitar que otros cayesen en el mal (P. Silveira, *tom. 2, lib. 4, quest. 21*).

Capítulo IV. María elegida como auxilio de los cristianos en el Calvario por Jesús moribundo.

La prueba más espléndida de que María es la ayuda de los cristianos la encontramos en el monte Calvario. Mientras Jesús agonizaba en la cruz, María, superando su debilidad natural, le ayudó con una fuerza sin precedentes. Parecía que a Jesús ya no le quedaba nada más por hacer para demostrar cuánto nos amaba. Su afecto, sin embargo, todavía le hizo encontrar un regalo que iba a sellar toda la serie de sus

bendiciones.

Desde lo alto de la cruz, dirigió su mirada agonizante a su madre, el único tesoro que le quedaba en la tierra. Mujer, dijo Jesús a María, he ahí a tu hijo; luego dijo a su discípulo Juan: he ahí a tu madre. Y a partir de ese momento, concluye el evangelista, el discípulo la tomó entre sus bienes.

Los santos Padres reconocen en estas palabras tres grandes verdades:

1. Que s. Juan sucedió a Jesús en todo como hijo de María;

2. Que, por tanto, todos los oficios de la maternidad que María ejerció sobre Jesús pasaron al nuevo hijo Juan;

3. 3. Que en la persona de Juan Jesús quiso incluir a todo el género humano.

María, dice s. Bernardino de Siena, por su amorosa cooperación en el ministerio de la Redención nos ha engendrado verdaderamente en el Calvario a la vida de la gracia; en el orden de la salud todos nacemos de los dolores de María como del amor del Padre Eterno y de las aflicciones de su Hijo. En aquellos preciosos momentos María se convirtió estrictamente en nuestra Madre.

Las circunstancias que acompañaron este acto solemne de Jesús en el Calvario confirman lo que afirmamos. Las palabras escogidas por Jesús son genéricas y apelativas, observa el ya citado Padre Silveira, pero son suficientes para hacernos saber que estamos ante un misterio universal, que incluye no sólo a un hombre, sino a todos aquellos a quienes corresponde este título de discípulo amado de Jesús. Así, las palabras del Señor son una amplísima y solemne declaración de que la Madre de Jesús se ha convertido en madre de todos los cristianos: *Ioannes est nomen particulare, discipulus commune ut denotetur quod Maria omnibus detur in Matrem.*

Jesús en la cruz no fue una mera víctima de la malignidad de los judíos, fue un pontífice universal que

obraba como reparador de todo el género humano. Así, de la misma manera, que al implorar perdón a los crucificadores lo obtuvo para todos los pecadores; al abrir el Paraíso al buen ladrón, lo abrió para todos los penitentes. Y así como los crucificados en el Calvario, según la enérgica expresión de s. Pablo, representaban a todos los pecadores, y el buen ladrón a todos los verdaderos penitentes, así s. Juan representaba a todos los verdaderos discípulos de Jesús, los cristianos, la Iglesia católica. Y María se convirtió, como dice s. Agustín, la verdadera Eva, la madre de todos los que viven espiritualmente, *Mater viventium*; o como dice s. Ambrosio, la madre de todos los que creen cristianamente; *Mater omnium credentium*. María, pues, convirtiéndose en nuestra madre en el Calvario, no sólo tuvo el título de ayudar a los cristianos, sino que adquirió el oficio, el magisterio, el deber. Tenemos, pues, un derecho sagrado de recurrir a la ayuda de María. Este derecho está consagrado por la palabra de Jesús y garantizado por la ternura maternal de María. Ahora bien, que María interpretó en este sentido la intención de Jesucristo en la cruz y que Él la hizo madre y auxiliadora de todos los cristianos, lo prueba su conducta posterior. Sabemos por los escritores de su vida cuánto celo mostró en todo tiempo por la salud del mundo y por el aumento y gloria de la santa Iglesia. Dirigió y aconsejó a los Apóstoles y discípulos, exhortó y animó a todos a conservar la fe, a preservar la gracia y a hacerla activa. Sabemos por los Hechos de los Apóstoles cuán asidua era a todas las reuniones religiosas que celebraban aquellos primeros fieles de Jerusalén, pues nunca se celebraban los divinos misterios sin que ella tomara parte en ellos. Cuando Jesús ascendió al cielo, ella le siguió con los discípulos hasta el monte de los Olivos, al lugar de la Ascensión. Cuando el Espíritu Santo descendió sobre los Apóstoles el día de Pentecostés, ella estaba con ellos en el Cenáculo. Así lo dice s. Lucas que, después de nombrar uno por uno a los Apóstoles reunidos en el Cenáculo, dice: "Todos éstos perseveraban en la oración junto con las mujeres y con María, la madre de Jesús".

Los Apóstoles y demás discípulos, y cuantos cristianos vivían entonces en Jerusalén y sus alrededores, acudían a María en busca de consejo y dirección.

[\(continuación\)](#)

Los protomártires salesianos: Luis Versiglia y Calixto Caravario

Luis y Calixto: la misma vocación misionera por la salvación de las almas, pero una historia diferente.

El 25 de febrero de este año se cumple el 94 aniversario del martirio de monseñor Luis Versiglia y del padre Calixto Caravario, misioneros en tierra china.

Luis Versiglia y Calixto Caravario: dos figuras diferentes en muchos aspectos, pero unidas por un gran celo apostólico y su último acto de amor puro en defensa de la religión católica y de la pureza de tres jóvenes chinas.

Luis: el aspirante a veterinario que se convirtió en misionero salesiano

Luis Versiglia, nacido el 5 de junio de 1873 en Oliva Gessi (PV), de niño, aunque era un asiduo monaguillo en la iglesia parroquial de su pueblo, no tenía ninguna intención de hacerse sacerdote. De hecho, se enfadaba cuando sus paisanos, al verle tan devoto en la iglesia, le profetizaban su futuro como sacerdote. Esto no entra en su plan de vida en absoluto, ni siquiera cuando a los 12 años le envían a estudiar al internado Valdocco de Turín. Le encantan los caballos y sueña con ser veterinario. Estudiar en Turín refuerza en él la

esperanza de ingresar más tarde en la prestigiosa Facultad de Veterinaria de la Universidad de Turín.



Versiglia con el P. Braga y los alumnos del Instituto San José de Ho Sai

En Valdocco, sin embargo, conoce a Don Bosco, ya anciano y enfermo, y queda casi hechizado por su carisma.

Durante estos años en Valdocco, algo empezó a tomar forma en el alma de Versiglia. La caridad y la devoción que irradiaba el ambiente salesiano, junto con la fascinación de Don Bosco, fueron abriéndose paso poco a poco en el alma de Luis, hasta que sucedió un hecho decisivo, y a partir de ese día ya no tendría dudas. El 11 de marzo de 1888, en la Basílica de María Auxiliadora, mientras asistía a la ceremonia de despedida de un grupo de misioneros que partían hacia Argentina, quedó impresionado por el porte modesto y sereno de uno de los seis jóvenes que partían. De ahí su vocación. Desde aquel día nació en él el fuerte deseo de hacerse sacerdote, sacerdote misionero salesiano. (La historia de su vocación misionera está bien descrita en la carta que escribió a su Director, el P. Barberis, en 1890).

Así pues, Luis asistió al noviciado de Foglizzo (1888-1890), donde fue irreprochable en todo: caritativo con sus compañeros, muy piadoso y al mismo tiempo emprendedor y lleno de vida. Luego obtuvo una beca para un curso de filosofía en la Universidad Gregoriana de Roma y se licenció en filosofía a los veinte años.

Es ordenado sacerdote cuando sólo tenía veintidós años con una dispensa concedida por la Santa Sede en virtud de su madurez psíquica y moral, superior a su edad.

Inmediatamente fue enviado a enseñar filosofía a los novicios de Foglizzo, donde, con su carácter franco y siempre alegre, fue estimado y admirado por todos por su competencia, afabilidad e imparcialidad. Exige el cumplimiento de las

normas, guiando a todos con el ejemplo.

Después de Foglizzo, se le confió la dirección del nuevo noviciado de Genzano di Roma, donde también transmitió el ideal misionero a sus clérigos.

Calixto: un joven puro y deseoso de ser misionero



Clérigo Caravario en Shanghai con el P. Garelli y 20 alumnos bautizando

La vocación de Calixto Caravario, en cambio, tiene una historia completamente distinta. Nació el 8 de junio de 1903, exactamente treinta años después de Luis Versiglia, en Courgnè (TO), y se trasladó a Turín con su familia a la edad de cinco años. De buena índole, muy apegado a su madre, para la que tenía gestos y atenciones singulares, y desde muy pequeño mostró una marcada vocación por el sacerdocio. Sus primeras diversiones son imitar los gestos del sacerdote que celebra la misa. Pronto aprende a servir la misa, lo hace con devoción y asiste con pasión y entrega al oratorio San José de Turín, que se convierte en su segunda casa.

En las escuelas primarias del Colegio San Juan Evangelista tuvo como profesor durante dos años al clérigo Carlo Braga, hoy Siervo de Dios.

Repetía constantemente a su madre que de mayor sería sacerdote.

En 1914 comenzó el gimnasio en el Oratorio de Valdocco, donde se sintió particularmente atraído por los misioneros que visitaban allí a los Superiores y con los que pasaba a menudo ratos de recreo, alimentando su deseo por las Misiones.

En 1918 comienza el noviciado en Foglizzo y emite los votos religiosos al año siguiente. Acudió al Oratorio San Luis de Via Ormea, donde inició a más de un joven en el sacerdocio.

En 1922 conoce a monseñor Versiglia, que había llegado a Turín

desde China para asistir al Capítulo General, y le expresa su vivo deseo de seguirle en la Misión. Los Superiores, sin embargo, no le permitieron realizar su sueño inmediatamente, porque esto le obligaría a interrumpir sus estudios, pero Calixto aseguró a Versiglia: "Monseñor, verá que seré fiel a mi palabra: le seguiré a China. Verá que le seguiré con toda seguridad".

Al año siguiente, a través de un grupo de misioneros que partían para China, envió una carta al P. Braga, misionero en Shiu-chow, pidiéndole que "le preparase un lugarcito".

Luis y Calixto: experiencias misioneras diferentes, pero unidas por la entrega total al prójimo y por ganarse el afecto y la adhesión de los jóvenes.

Don Versiglia mantuvo vivo su ideal misionero a lo largo de los años y la oportunidad de ir a la misión se le presentó en 1906, cuando el Rector Mayor de los Salesianos, tras negociaciones con el obispo de Macao, le nombró jefe de una expedición a Macao, colonia portuguesa en la costa sur de China, para dirigir y gestionar un orfanato.

La expedición estaba formada por otros dos sacerdotes y tres coadjutores: un sastre, un zapatero y un impresor. Los misioneros llegaron a Macao el 13 de febrero de 1906.

Don Versiglia adoptó el método educativo de Don Bosco, tratando de crear un ambiente familiar basado en la bondad amorosa. Para sus huérfanos "Luì San-fù" (Padre Luis) tiene una dedicación total y amorosa y es plenamente correspondido por ellos. En cuanto llega, corren hacia él y le saludan festivamente. Por eso Don Versiglia llegó a ser conocido en Macao como el "padre de los huérfanos".

En el orfanato que dirige Versiglia, los juegos y la música son herramientas educativas fundamentales. Es la razón que le impulsa a abrir un oratorio festivo y a montar una banda de música, con instrumentos de metal y tambores, que enseguida capta la curiosidad y la simpatía de todos los chinos, a cuyos ojos los pequeños músicos parecen "un grupo fantástico, caído de otro mundo".

Con el paso de los años, el padre Versiglia transformó el orfanato en una escuela profesional de Artes y Oficios para alumnos huérfanos, tan apreciada que se toma como modelo para otras escuelas de Macao. Los muchachos que allí se gradúan encuentran inmediatamente empleo en las oficinas administrativas de la ciudad o consiguen abrir sus propias tiendas de artesanía. Esta escuela realiza una valiosa contribución a la promoción social y cultural, y su importancia es reconocida por todos.

En 1911, el obispo de Macao confió a Versiglia la evangelización del distrito de Heung Shan, región situada en el vasto delta del río de las Perlas.

En este territorio, la tarea de evangelización es particularmente difícil. “Hay de todo por hacer, preparar catequistas, profesores, escuelas...”, escribe Don Versiglia. Una tarea difícil sobre todo por la falta de personal, tanto masculino como femenino, y la gran desconfianza del pueblo chino hacia los misioneros, considerados como extranjeros enviados por los países colonialistas y, por tanto, enemigos.

Pocos meses después, la milenaria monarquía china fue derrocada y se instauró la República en octubre de 1911, pero los enfrentamientos entre las tropas imperiales y las revolucionarias continuaron. La piratería volvió a florecer y estallaron epidemias. La peste bubónica llegó a extenderse y Don Versiglia no escatimó sacrificios para ayudar a quien lo necesitara, visitando lazaretos, consolando a los enfermos y administrando bautismos. Una vez al mes visita también a los leprosos relegados a una isla cercana.

En el firme deseo de Versiglia de ayudar a todos, incluso a los más desdichados, alejados y olvidados, de asistirles tanto materialmente en las necesidades cotidianas de la vida, como espiritualmente salvando sus almas, no podemos sino ver en él un amor sin límites por el prójimo.

En 1918 nació la primera Misión Salesiana completamente autónoma en China, la Misión de Shiu-Chow, que abarcaba una vasta región montañosa, donde sólo se podía circular en barca, a pie o a caballo, y los habitantes estaban dispersos en

aldeas muy alejadas unas de otras.

En 1921, fue consagrado obispo.

Todos los hermanos dieron testimonio de la gran caridad de Versiglia, que le llevaba a ser casi el servidor de sus misioneros, y en las enfermedades les asistía día y noche. Caridad incluso en las pequeñas cosas. Don Garelli, por ejemplo, contará que cuando llegó de Italia a la residencia de Shiu-chow, que era pequeña, pobre y sin muebles, Versiglia le dijo: "Ya ve, aquí sólo hay una cama. Yo ya estoy acostumbrado a la vida misionera, pero tú no. Todavía estás acostumbrado a las comodidades de la vida civilizada. Así que tú duermes en esa cama y yo aquí, en el suelo".

Incluso siendo obispo, sigue sacrificándose por sus hermanos y por los chinos, y se ofrece para cualquier servicio: impresor, sacristán, jardinero, pintor, incluso barbero.

Emprende visitas pastorales muy fatigosas y muy largas, algunas de hasta dos meses, en condiciones muy incómodas, duerme en las tablas de los barcos públicos en medio de gente que te pisotea, en hoteles destartalados, en medio de diluvios...

Construye escuelas, residencias, iglesias, dispensarios, un orfanato, un orfanato maternal, una residencia de ancianos, todo ello gracias a sus especiales aptitudes: 1) tiene dotes de arquitecto; de hecho, él mismo diseña y planifica todos los edificios y luego dirige las obras, 2) tiene grandes dotes oratorias que le permiten recaudar los fondos necesarios. En sus dos únicos viajes a Italia, en 1916 y 1922, y en su viaje al Congreso Eucarístico de Chicago, al que acudió por motivos concretos, impartió varios seminarios en los que encandiló a la gente abriendo el corazón de muchos benefactores.

Los de Shiu-chow fueron años aún más difíciles. El gobierno republicano, para expulsar a los poderosos generales que aún controlan vastas zonas del norte, pide ayuda a Rusia, que envía su armamento, pero también comienza a hacer propaganda bolchevique contra el imperialismo occidental, y los misioneros son vistos como enemigos a los que hay que echar,

sus residencias son ocupadas a menudo por los militares, etc. Con los años, el clima se vuelve cada vez más caluroso, cada vez es más peligroso viajar, la piratería hace estragos, algunos misioneros son secuestrados por piratas.

Mons. Versiglia hace todo lo posible por defender las residencias y a las personas en peligro y afirma: "Si hace falta una víctima para el Vicariato, ruego al Señor que me lleve".

Calixto: joven misionero apasionado por Cristo hasta la entrega total

La experiencia misionera de Calixto es diferente y más breve, pero igualmente llevada a cabo con la mayor entrega de sí mismo.

Consiguió realizar su sueño misionero a los veintiún años (1924), cuando obtuvo el permiso para seguir a Don Garelli a Shanghai, donde a los Salesianos se les confió la dirección de un gran instituto profesional.

En la entrega de la cruz misionera en la Basílica de María Auxiliadora, el clérigo Caravario formuló esta oración: "Señor, mi cruz no quiero que sea ni ligera ni pesada, sino como Tú quieras. Dámela como Tú quieras. Sólo te pido que la lleve con gusto". Palabras que nos dicen mucho sobre su disposición a aceptar la voluntad de Dios incluso en el sufrimiento y la penuria.

Así pues, Caravario llegó a Shanghai en noviembre de 1924, y aquí, además de estudiar chino, se le encomendó una ingente cantidad de trabajo: el cuidado completo, veinticuatro horas al día, de cien huérfanos, la escuela de catecismo, la preparación para el bautismo y la confirmación, la animación de los recreos. Persiguiendo su ideal de hacerse sacerdote, comenzó también a estudiar teología con gran seriedad.

En 1927, debe abandonar Shanghai debido al estallido de la revolución y es enviado a la lejana isla de Timor, colonia portuguesa del archipiélago indonesio, eclesiásticamente dependiente del obispo de Macao, para abrir una escuela de artes y oficios. Permanecerá en Timor dos años, que

aprovechará para enriquecer su cultura religiosa y su relación con Dios con vistas al sacerdocio. En Timor, como en Shanghai, su apostolado dio fruto a varias vocaciones, y se ganó la confianza y el afecto de los jóvenes “que lloraron todos su partida” cuando se cerró la casa salesiana de Dili en 1929.

Así pues, fue enviado a la misión de Shiu-chow, donde conoció a su profesor de primaria, a Don Carlo Braga, y al obispo Versiglia, que lo ordenó sacerdote el 18 de mayo de 1929. Ese día escribió a su madre: “Madre, te escribo con el corazón lleno de alegría. Esta mañana he sido ordenado sacerdote, soy sacerdote para siempre. Ahora tu Calixto ya no es tuyo: debe ser completamente del Señor. ¿El tiempo de mi sacerdocio será largo o corto? No lo sé. Lo importante es que presentándome al Señor puedo decir que he hecho fructificar la gracia que me ha concedido”.

Caravario estaba extremadamente delgado y débil debido a la malaria contraída en Timor, y Versiglia le confió la misión de Lin-chow, pensando que el buen clima de aquella zona beneficiaría su salud física.

Al igual que Versiglia, Caravario afronta las dificultades de los viajes apostólicos con espíritu de sacrificio y adaptación. “En esta tierra hay muchas almas que salvar y los obreros son pocos; por tanto, debemos, con la ayuda del Señor, salvarlas aun a costa de cualquier sacrificio”.

Gracias a sus cualidades de pureza, piedad, mansedumbre y sacrificio, es considerado por sus hermanos como el modelo perfecto de sacerdote misionero.

Luis y Caravario: juntos en el último sacrificio

El 24 de febrero de 1930, Mons. Versiglia partió para la visita pastoral a la residencia de Lin-chow junto con el P. Calixto Caravario, dos profesores y tres jóvenes que habían estudiado en el internado de Shiu-chow. El 25 de febrero, remontando el río Lin-chow, su embarcación es detenida por una docena de piratas bolcheviques que exigen quinientos dólares como salvoconducto (que los misioneros obviamente no llevan consigo) e intentan secuestrar a las jóvenes, pero Versiglia y

Caravario se oponen firmemente para proteger la pureza de las jóvenes. Monseñor Versiglia está decidido a cumplir con su deber hasta el punto de dar su vida: "Si es necesario morir para salvar a las que me han sido confiadas, estoy dispuesto". Los piratas se abalanzan sobre ellos, insultan a la religión católica y los golpean brutalmente. Luego los conducen a un matorral, les disparan y destrozan sus cuerpos.

Las muchachas, liberadas unos días más tarde por el ejército regular, darán testimonio de la serenidad con la que los dos misioneros van a la muerte.

Luis y Calixto se sacrificaron para defender la fe y la pureza de las tres jóvenes.

Quienes los conocieron atestiguan que su fuerza de voluntad y su apego a Dios impregnaron toda su vida de manera heroica, y que su celo por la salvación de las almas era inconfundible.

La santidad de estas hermosas almas fue su conquista diaria y su martirio su coronación.

Dra. Giovanna Bruni

Ser amable como Don Bosco (2/2)

[\(continuación del artículo anterior\)](#)

5) Ser auténtico

En la era digital, las personas auténticas son muy importantes. No presumen, no intentan encajar en un molde, se sienten cómodos con lo que son y no tienen miedo de mostrarlo. Expresan sus pensamientos y sentimientos con total honestidad, sin preocuparse por lo que puedan pensar los demás, creando un ambiente de honestidad y aceptación.

En sus *Memorias*, se recoge esta complacida afirmación: “Yo por todos los compañeros, incluso los mayores en edad y estatura, me temían por mi valor y mi gallarda fuerza”.

“Es inútil, diría a su vez don Cafasso, quiere hacerlo a su manera; sin embargo, hay que dejarle hacerlo; incluso cuando un proyecto sería desaconsejable, don Bosco lo consigue”; resentida por no haberle ganado para su causa, la marquesa Barolo le acusó de ser “terco, obstinado, orgulloso”.

Son buenos ladrillos. Sabe utilizarlos bien para construir una obra maestra.

Sencillez.

Muchas personas necesitan aparentar ser diferentes, parecer más fuertes de lo que son. Querer ser lo que no son.

Las flores simplemente florecen. Ligeras silenciosas son lo que son. La persona sencilla como los pájaros en el cielo. El canto a veces, silencio más a menudo, la vida siempre. Don Bosco vive como respira. Siempre es él. Nunca doble, nunca pretencioso, nunca complejo. La inteligencia no es enmarañada, complicada, esnobismo. La realidad es compleja sin duda. No podríamos describir fácilmente un árbol, una flor, una estrella, una piedra... Eso no impide que sean simplemente lo que son. La rosa no tiene por qué, florece porque florece, no se cuida, no desea ser vista...

Las Memorias cuentan que en 1877, en Ancona, «Don Bosco fue a celebrar hacia las diez en la iglesia del Gesù, oficiada por los Misioneros de la Preciosa Sangre. Le sirvió la Misa un joven, que no olvidó aquel encuentro durante el resto de su vida. Vio entrar en la sacristía a un “curita” bajito, modesto de rostro y actitud, totalmente desconocido. Pero “en ese rostro de tez morena” vio algo de una bondad atractiva, que inmediatamente despertó en él una mezcla de curiosidad y reverencia. Mientras celebraba, notó que había algo especial en él, algo que invitaba al recogimiento y al fervor. Al final de la misa, después de la acción de gracias, el sacerdote le puso la mano en la cabeza, le dio diez céntimos, quiso saber quién era y a qué se dedicaba, y le dirigió unas buenas

palabras. ¡Cuarenta y ocho años después, aquel joven, que se llamaba Eugenio Marconi y era alumno del Instituto del Buen Pastor, escribiría más tarde: “¡Oh, la dulzura de aquella voz! ¡la afabilidad, el cariño que contenían aquellas palabras! Me sentí confundido y conmovido”. Poco después descubrió que el “curita” era Don Bosco y fue un amigo devoto suyo durante toda su vida.

Lo contrario de sencillo no es complicado, sino falso. La sencillez es desnudez, expoliación, pobreza. Sin otra riqueza que todo. Sin otro tesoro que la nada. La sencillez es libertad, ligereza, transparencia. Sencillo como el aire, libre como el aire. Como una ventana abierta al gran soplo del mundo, a la presencia infinita y silenciosa de todo.

Donde sopla el Espíritu del Evangelio: «Mirad los pájaros que viven en libertad: no siembran, no siegan, no ponen su cosecha en graneros... y, sin embargo, ¡vuestro Padre que está en los cielos los alimenta! Pues bien, ¿no sois vosotros mucho más importantes que ellos?» (Mt 6, 26).

Las *Memorias Biográficas* afirman tranquilamente: «Era evidente que se arrojaba en los brazos de la divina Providencia, como un niño en los de su madre» (MB III, 36).

Todo es sencillo para Dios. Todo es divino para los sencillos. Incluso el trabajo. Incluso el esfuerzo.

6) Ser resistente

La vida está llena de sorpresas. Las cosas no siempre salen bien y a veces nos enfrentamos a retos que ponen a prueba nuestra fuerza y determinación. En esos momentos, la resiliencia es una cualidad poderosa. Se trata de tener la fuerza mental y emocional para recuperarse ante la adversidad, para seguir adelante incluso cuando las cosas se ponen difíciles. Y es algo que la gente admira. Tener al lado a alguien que encarna el coraje puede ser una increíble fuente de inspiración. Creo que el mejor título para una vida de Don Bosco es Juancito Siempre de pie.

Monseñor Cagliero recuerda: «No recuerdo haberle visto ni un solo momento, en los 35 años que estuve a su lado, desanimado,

molesto o inquieto por las deudas que a menudo le agobiaban. Decía a menudo: La Providencia es grande, y como piensa en los pájaros del cielo, así pensará en mis jóvenes».

«Mirad, soy un pobre sacerdote, pero si me sobrara, aunque fuera un trozo de pan, lo compartiría con vosotros». Era la frase más repetida por Don Bosco.

Los verdaderos amigos son como las estrellas... no siempre los ves, pero sabes que siempre están ahí.

7) Sé humilde

Las personas humildes no necesitan constantes elogios o reconocimientos para sentirse bien consigo mismas y no sienten la necesidad de demostrar su valía a los demás. Además, tienen una mente abierta y siempre están dispuestas a aprender de los demás, independientemente de su estatus o posición.

Don Bosco nunca se avergonzó de pedir limosna. Humilde y fuerte, como le había pedido su maestro. Con todos mantenía la cabeza alta.

8) Derrochando ternura

Miguel Rua se encariñó con Don Bosco, aquel sacerdote junto al que uno se sentía alegre y como lleno de calor. Vivía en la *Real Fábrica de Armas*, Miguelito, donde había trabajado su padre. Cuatro de sus hermanos habían muerto muy jóvenes, y él era muy frágil. Por eso su madre no le dejaba ir muchas veces al oratorio. Pero aun así conoció a Don Bosco en las Escuelas de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, donde cursó el tercer grado. Así lo contó:

«Cuando Don Bosco venía a decir misa y a predicar, en cuanto entraba en la capilla parecía como si una corriente eléctrica atravesara a todos aquellos numerosos niños. Saltábamos, nos levantábamos de nuestros asientos y nos apiñábamos a su alrededor. Tardaba mucho en llegar a la sacristía. Los buenos Hermanos no pudieron evitar aquel aparente desorden. Cuando venían otros sacerdotes, no ocurría nada parecido».

Don Bosco era tan atrayente como un imán. Hay un episodio cómico y tierno, relatado en las Memorias Biográficas de Don

Bosco con la ligereza de las Florcitas

«Una tarde, paseando Don Bosco por una acera de la calle Doragrossa, hoy llamada calle Garibaldi, pasó por delante de la puerta acristalada de una magnífica tienda de telas cuyo cristal ocupaba todo el ancho de la puerta. Un buen joven del Oratorio, que allí servía de mensajero, al ver a Don Bosco, en el primer impulso de su corazón, sin reflexionar que la puerta acristalada estaba cerrada, corrió a ir a reverenciarle; pero se golpeó la cabeza con el cristal y lo hizo añicos. Al chocar el cristal, Don Bosco se detuvo y abrió la ventana; el muchacho mortificado se acercó a él; el dueño salió de la tienda, levantó la voz y gritó; los pasajeros se reunieron a su alrededor. “¿Qué has hecho?”, preguntó Don Bosco al joven; y éste, ingenuamente, respondió: “Te vi pasar y, por un gran deseo de reverenciarte, no hice más caso de que tenías que abrir la ventanilla y la rompí» (*Memorias biográficas MB III, 169-170*).

Era un sentimiento explosivo de amistad el que los muchachos sentían por Don Bosco. En la línea de San Francisco de Sales, el cantor de la amistad espiritual, Don Bosco sentía que la amistad basada en la benevolencia y la confianza mutuas parecía esencial para su sistema preventivo.

La amistad para Don Bosco era ese “toque extra” que transformaba un método educativo similar a otros en una obra maestra única y original.

Don Rua, Monseñor Cagliero y otros **le llamaban papa...**

Al fin y al cabo, lo más importante es la amabilidad. Es la forma en que tratas a los demás, la compasión que muestras y el amor que difundes lo que realmente define quién eres como persona. La amabilidad puede ser tan simple como una sonrisa, una palabra de ánimo o una mano tendida. La idea es hacer que los demás se sientan valorados y queridos. Los chicos de Don Bosco testificaban con una insistencia casi monótona: «Él me quería». Uno de ellos, San Luis Orione, escribiría: «Caminaría sobre brasas para verle una vez más, y darle las gracias».

El muchacho no podía entender cómo Don Bosco, a quien había encontrado por casualidad semanas antes en el patio, aún

recordaba su nombre. Se armó de valor y le preguntó: “*Don Bosco, ¿cómo se ha acordado de mi nombre?*”.

“*¡Nunca olvido a mis hijos!*”, respondió.

A un muchacho que salía del Oratorio por su propia voluntad, Don Bosco, al encontrarlo, le preguntó:

“¿Qué tienes en la mano?”

“Cinco liras que me dio mi mamá para comprar un billete de tren”.

“Tu mamá te pagó el pasaje para el viaje del Oratorio a tu casa, y eso está bien. Ahora coge estas otras cinco liras. Son para el billete de vuelta. Cuando lo necesites, ven a verme”.

La atención es una forma de amabilidad, del mismo modo que la falta de atención es la mayor grosería que se puede hacer. A veces es violencia implícita, sobre todo cuando se trata de niños: la desatención se considera con razón maltrato cuando alcanza un umbral insoportable, pero en pequeñas dosis forma parte de las ignominias ordinarias que muchos niños se ven obligados a soportar. La falta de atención es hielo: y es difícil crecer en el hielo, donde el único consuelo es quizá una televisión llena de sueños violentos o consumistas. La atención es calidez y afecto, lo que permite que se desarrolle y florezca el mejor potencial.

«También necesito que la gente conozca la importancia de los Salesianos Cooperadores. Hasta ahora parece poca cosa; pero espero que por este medio una buena parte de la población italiana se haga salesiana y abra el camino a muchas cosas». La Obra de los Salesianos Cooperadores... se extenderá por todos los países, se extenderá por toda la cristiandad, llegará un tiempo en que el nombre de Cooperador significará verdadero cristiano... ya veo no sólo familias, sino ciudades y pueblos enteros haciéndose Salesianos Cooperadores.

Ya que las predicciones de Don Bosco se han hecho realidad, ¡preparate para ver cosas buenas en este siglo!

9) Así predicaba Dios Don Bosco

Quienes escriben sobre él se equivocan flagrantemente cuando

intentan convertirlo en un pedagogo o incluso en un brillante innovador social. Ciertamente Don Bosco se ocupó de obras de caridad como tantos otros, y también de justicia social. Su fuerza excepcional reside, sin embargo, en el hecho de que en todo lo que hizo se apoyó única y completamente en Dios.

«Es verdaderamente admirable, exclamó uno de los presentes, el modo de proceder. Don Bosco empieza y nunca se da por vencido».

«Por eso, prosiguió Don Bosco, nunca damos marcha atrás, porque siempre vamos sobre seguro. Antes de emprender algo nos aseguramos de que es voluntad de Dios que las cosas se hagan. Comenzamos nuestras obras con la certeza de que es Dios quien las quiere. Teniendo esta certeza, seguimos adelante. Puede parecer que se encuentran mil dificultades en el camino; no importa; Dios lo quiere, y nosotros permanecemos intrépidos ante cualquier obstáculo. Confío ilimitadamente en la Divina Providencia; *pero la Providencia también quiere ser ayudada por nuestros inmensos esfuerzos*».

Sus esfuerzos tienen siempre el color del infinito.

Incluso Nietzsche afirma que la percepción de la vida interior de las personas es instintiva. Los jóvenes tienen, pues, una aptitud natural para observar lo que se esconde tras el exterior de una persona. Tienen antenas especiales para captar señales que no pueden observarse por medios ordinarios. Son capaces de percibir lo que está oculto para los demás.

Nuestra antena espiritual nos hace sensibles a la belleza moral de las personas, nos hace notar instintivamente la dimensión moral y espiritual de sus vidas.

En 1864 Don Bosco llega a Mornese con sus muchachos, en sus paseos otoñales. Ya es de noche. La gente acude a su encuentro precedida por el párroco Don Valle y el sacerdote Don Pestarino. La banda toca, muchos se arrodillan al paso de Don Bosco pidiéndole que les bendiga. Los jóvenes y el pueblo entran en la iglesia, se da la bendición con el Santísimo Sacramento, luego todos van a cenar.

Después, animados por los aplausos, los chicos de Don Bosco dan un breve concierto de marchas y música alegre. En primera

fila está María Mazzarello, de 27 años. Al final, Don Bosco dice unas palabras: «Estamos todos cansados, y mis muchachos quieren dormir bien. Mañana, sin embargo, hablaremos más extensamente».

Don Bosco permanece cinco días en Mornese. Todas las noches María Mazzarello puede escuchar las “buenas noches” que da a sus jóvenes. Se sube a los bancos para acercarse a aquel hombre. Alguien se lo reprocha como un gesto impropio. Ella responde: «Don Bosco es un santo, lo siento».

Es mucho más que un sentimiento. ¿A cuántas mujeres les cambiará la vida? Sólo hace falta un movimiento, un simple movimiento de esos que hacen los niños cuando se lanzan hacia delante con todas sus fuerzas, sin miedo a caerse ni a morir, ajenos al peso del mundo.

Se trata de nuevo de un espejo: nadie volvió su rostro hacia las mujeres más que Jesucristo, como se vuelve la mirada hacia el follaje de los árboles, como uno se inclina sobre el agua de un río para sacar fuerzas y la voluntad de continuar su camino. Las mujeres en la Biblia son numerosas. Están al principio y al final. Dan a luz a Dios, le ven crecer, jugar y morir, y luego le resucitan con los gestos sencillos de un amor insensato.

Todavía hay quien se preocupa por las demostraciones de la existencia de Dios. La demostración más perfecta de Dios no es difícil.

El niño preguntó a su madre: «En tu opinión, ¿Dios existe?»
«Sí».

«¿Cómo es eso?»

La mujer atrajo a su hijo hacia sí.

Le abrazó con fuerza y le dijo: «Dios es así».

«Lo he comprendido».

Don Pablo Albera: «Don Bosco educaba amando, atrayendo, conquistando y transformando. [...] Nos envolvía a todos y casi por completo en una atmósfera de alegría y felicidad, de la que se desterraban el dolor, la tristeza, la melancolía... Todo

en él ejercía una poderosa atracción sobre nosotros: su mirada penetrante, a veces más eficaz que un sermón; el simple movimiento de su cabeza; la sonrisa que florecía perpetuamente en sus labios, siempre nueva y variada, y, sin embargo, siempre tranquila; la flexión de su boca, como cuando se quiere hablar sin pronunciar las palabras; las mismas palabras cadenciosas de una manera y no de otra; el porte de su persona y su andar esbelto y fácil: todas estas cosas actuaban sobre nuestros corazones juveniles como un imán del que era imposible escapar; y aunque hubiéramos podido, no lo habríamos hecho ni por todo el oro del mundo, tan felices éramos con este singular ascendiente suyo sobre nosotros, que en él era lo más natural, sin estudio ni esfuerzo».

Siempre presente y vivo. Dios como compañía, aire que se respira. Dios como agua para los peces. Dios como el nido cálido de un corazón amante. Dios como el aroma de la vida. Dios es lo que conocen los niños, no los adultos.

Ahora vamos a cambiar el mundo (Willy Wonka)

Las profecías de Don Bosco y los reyes de Italia

“La familia de los que roban a Dios no llega a la cuarta generación”.

El pretendiente al trono de Italia, [Víctor Manuel de Saboya](#) (n. 12.02.1937 – † 03.02.2024), quinto descendiente del primer rey de Italia, Víctor Manuel II de Saboya, falleció hace unos días. Se le concedió sepultura en la cripta de la Basílica de Superga, en Turín, donde se encuentran decenas de otros restos mortales de la Casa de Saboya. Este acontecimiento nos

recuerda otros sueños de Don Bosco que se hicieron realidad.

En noviembre de 1854 se preparaba una ley sobre la confiscación de bienes eclesiásticos y la supresión de conventos. Para ser válida, debía ser sancionada por el rey de Italia, Víctor Manuel II de Saboya. A finales de aquel mes de noviembre, Don Bosco tuvo dos sueños que se hicieron realidad como profecías sobre el rey y su familia. Recordemos los hechos con Don Lemoyne.

Don Bosco anhelaba disipar una nube ominosa que se oscurecía cada vez más sobre la Casa Real.

Una noche, hacia finales de noviembre, había tenido un sueño. Le pareció que estaba de pie donde está el pórtico central del Oratorio, entonces sólo a medio construir, cerca de la bomba de agua fijada a la pared de la casita de Pinardi. Estaba rodeado de sacerdotes y clérigos: de repente vio avanzar en medio del patio a un ayuda de cámara de la corte, con su uniforme rojo, que con pasos apresurados llegaba a su presencia y parecía gritar:

– ¡Grandes noticias!

– ¿Y qué? le preguntó D. Bosco.

*– Anuncio: **iGran funeral en la Corte! iGran funeral en la Corte!***

Ante esta repentina aparición, ante este grito, Don Bosco quedó estupefacto, y el ayuda de cámara repitió: – iGran funeral en la Corte! – Don Bosco quiso entonces pedirle explicaciones sobre este feroz anuncio, pero había desaparecido. D. Bosco, que se despertó, estaba como fuera de sí y, habiendo comprendido el misterio de aquella aparición, tomó la pluma y preparó inmediatamente una carta para Víctor Manuel, explicándole lo que se le había anunciado y relatando simplemente el sueño.

[...]

...era saber lo que Don Bosco había escrito al Rey, sobre todo porque sabían lo que pensaba de la usurpación de los bienes eclesiásticos. Don Bosco no los mantuvo ensuspenso y les contó

lo que había escrito al Rey, para que no permitiera la presentación de la ley infausta. Luego narró el sueño, concluyendo: Este sueño me enfermó y fatigó, y mucho. – Estaba pensativo y exclamaba de vez en cuando: ‘¡Quién sabe... quién sabe... recemos!

Sorprendidos, los clérigos comenzaron entonces a hablar, preguntándose unos a otros si habían oído decir que había algún noble enfermo en el palacio real; pero todos coincidieron en que de ningún modo lo sabían. Don Bosco, mientras tanto, llamó a Ch. Angelo Savio y le entregó la carta: – Copia, dijo, y anuncia al Rey: ¡Gran funeral en la Corte! – Y Ch. Savio escribió. Pero el Rey, según supo Don Bosco por sus confidentes empleados en palacio, leyó aquel papel con indiferencia y no le hizo caso.

Habían pasado cinco días desde este sueño, y Don Bosco, durmiendo por la noche, volvió a soñar. Creyó que estaba en su habitación, ante su escritorio, escribiendo; cuando oyó las coces de un caballo en el patio. De pronto vio abrirse la puerta de par en par y aparecer el ayuda de cámara con su uniforme rojo, que entró por la mitad de la habitación y gritó:

Anuncio: ¡no gran funeral en la Corte, sino grandes funerales en la Corte! -Y repitió estas palabras dos veces. Luego se retiró con paso rápido y cerró la puerta tras de sí. Don Bosco quiso saber, quiso interrogarle, quiso pedirle, una explicación; así que se levantó de la mesa, corrió al balcón y ve al ayuda de cámara en el patio que subía al caballo. Él, lo llamó, le preguntó por qué había venido a repetir aquel anuncio; pero el ayuda de cámara gritando: - ¡Grandes funerales en la Corte! – desapareció. Al amanecer, el mismo Don Bosco dirigió otra carta al Rey, en la que le relataba el segundo sueño y concluía diciéndole a su Majestad “que pensara en regularse de tal manera que evitara los castigos amenazados, al tiempo que le rogaba que impidiera esa ley a toda costa.

Por la noche, después de cenar, Don Bosco exclamó en medio de sus clérigos: – ¿Sabéis que tengo que deciros algo aún más

extraño que el otro día? – Y relató lo que había visto durante la noche. Entonces los clérigos, más asombrados que antes, se preguntaron qué indicaban estos anuncios de muerte; y es de imaginar la ansiedad que sentían por ver cómo se cumplían estas predicciones.

Al clérigo Cagliero y a algunos otros les reveló abiertamente que se trataba de amenazas de castigo que el Señor estaba dando a conocer a los que más daño y mal habían hecho ya a la Iglesia y otros estaban preparando. En aquellos días estaba muy afligido y repetía con frecuencia: Esta ley traerá graves desgracias a la casa del Soberano. – Estas cosas decía a sus alumnos para comprometerlos a rezar por el Rey, y a interceder por la misericordia del Señor para evitar la dispersión de tantos religiosos y la pérdida de tantas vocaciones.

Entretanto, el Rey había confiado aquellas cartas al Marqués Fassati, quien, después de haberlas leído, vino al Oratorio y dijo a D. Bosco: – ¡Oh! ¿Te parece éste el modo de poner patas arriba toda la Corte? El Rey quedó más que impresionado y turbado. De hecho, estaba furioso.

Y D. Bosco le contestó – ¿Pero y si lo que se ha escrito es verdad? Lamento haber causado a mi Soberano tal turbación; pero, en fin, se trata de su bien y del de la Iglesia.

Las advertencias de Don Bosco no fueron escuchadas. El 28 de noviembre de 1854 el ministro de los Sellos Urbano Rattazzi presentó a los diputados un proyecto de ley para la supresión de los conventos. El conde Camillo di Cavour, ministro de Finanzas, estaba decidido a conseguir su aprobación a toda costa. Estos señores establecieron como principio indiscutible e incontrovertible, que fuera del gran cuerpo civil, no hay ni puede haber sociedad superior a él e independiente de él; que el Estado lo es todo, y que por lo tanto ninguna entidad moral, ni siquiera la Iglesia católica puede subsistir legalmente sin el consentimiento y reconocimiento de la autoridad civil. Por lo tanto, esta autoridad, no reconociendo en la Iglesia universal el dominio

de los bienes eclesiásticos, y atribuyendo este dominio a cada entidad de las corporaciones religiosas, pretendió que éstas eran creación de la soberanía civil y que su existencia sería modificada o extinguida por la voluntad de la propia soberanía, y que el Estado, heredero de toda personalidad civil que no tenga sucesión, se convertiría en el único y absoluto propietario de todos sus bienes cuando fueran suprimidas. Craso error, porque estos patrimonios, por cualquier causa que dejara de existir una Congregación Religiosa, no quedaban sin dueño, ya que debían devolverse a la Iglesia de Jesucristo., representada por el Sumo Pontífice, por mucho que los estatólatros la negaran pérfidamente (MB V, 176-180).

Que se trataba de advertencias del Cielo lo confirma también una carta escrita cuatro años antes, el 9 de abril de 1850, que la madre del Rey, la Reina Madre María Teresa, viuda de Carlos Alberto, había dirigido a su hijo, el Rey Víctor Manuel II de Saboya.

Dios te compensará, te bendecirá, pero quién sabe cuántos castigos, cuántos azotes traerá Dios sobre ti, tu familia y tu país si sanciona [la ley Siccardi sobre la abolición del foro eclesiástico]. Piensa cuál sería tu dolor si el Señor te enfermara gravemente o incluso si se llevara a tu querida Adela, a la que con santa razón tanto amas, o a tu Chichina (Clotilde) o a tu Betto (Umberto); y si pudieras ver dentro de mi corazón, cuán afligido, angustiado, asustado estoy por el temor de que sancionases esta ley a causa de las muchas desgracias, que estoy seguro nos traerá si se hace sin el permiso del Santo Padre, tal vez tu corazón, que es realmente bueno y sensible, y que siempre ha amado tanto a su pobre Mamá, se dejaría enternecer. (Antonio Monti, Nuova Antologia, 1 de enero de 1936, p. 65; MB XVII, 898).

Pero el rey no hizo caso de estas advertencias y las consecuencias no se hicieron esperar. Las negociaciones

para la aprobación continuaron y las profecías también se cumplieron:

- el 12 de enero de 1855 muere la reina madre María Teresa a la edad de 53 años;

- el 20 de enero de 1855 muere la reina María Adelaida, a los 33 años;

- el 11 de febrero de 1855 muere el príncipe Fernando, hermano del Rey, a los 32 años;

- el 17 de mayo de 1855 muere el hijo del Rey, el príncipe Víctor Manuel Leopoldo María Eugenio, con sólo 4 meses de edad.

Don Bosco continuó advirtiéndolo, publicando la carta de fundación de Altacomba (Hautecombe) con una exposición de todas las maldiciones infligidas a quienes osaran destruir o usurpar las posesiones de la Abadía de Altacomba, insertadas en ese documento por los antiguos duques de Saboya para proteger ese lugar, donde están enterrados decenas de ilustres antepasados de la Casa de Saboya.

Y también continuó publicando en abril de 1855, en las "Letture Cattoliche" (Lecturas Católicas) un folleto escrito por el Barón Nilinse titulado: *Los bienes de la iglesia cómo se roban y cuáles son las consecuencias; con un breve apéndice sobre los eventos en el Piamonte*. En el frontispicio estaba escrito: *¡Cómo! ¡Por ningún derecho se puede violar la casa de un particular, y sin embargo has tenido la osadía de poner tu mano sobre la casa del Señor!* – San Ambrosio. En aquel escrito se mostraba que no sólo los despojadores de la Iglesia y de las Órdenes Religiosas, sino incluso sus familias se veían casi siempre afectadas, cumpliéndose así el terrible dicho: ***¡La familia de quien roba a Dios no llega a la cuarta generación!*** (MB V, 233-234).

El 29 de mayo Víctor Manuel II firmó la ley Rattazzi, que confiscaba los bienes eclesiásticos y suprimía las corporaciones religiosas, sin tener en cuenta lo que Don Bosco había predicho y el luto que desde enero golpeaba a su

familia... sin saber que estaba firmando también el destino de la familia real.

De hecho, aquí también se cumplió la profecía, como vemos.

– El rey [Víctor Manuel II de Saboya](#) (nacido el 14.03.1820 – † 09.01.1878), reinó del 17.03.1861 – al 09.01.1878, murió a la edad de 58 años;

– el rey [Humberto I](#) (n. 14.03.1844 – † 29.07.1900), hijo del rey Víctor Manuel II de Saboya, reinó del 10.01.1878 al 29.07.1900, fue asesinado en Monza a la edad de 56 años

– Rey [Víctor Manuel III](#) (n. 11.11.1869 – † 28.12.1947), nieto del Rey Víctor Manuel II de Saboya, reinó del 30.07.1900 – al 09.05.1946, fue obligado a abdicar el 9 de mayo de 1946 y murió un año después

– El [Rey Humberto II](#) (n. 15.09.1904 – † 18.03.1983) último Rey de Italia, reinó del 10.05.1946 al 18.06.1946, bisnieto de Víctor Manuel II (cuarta generación), fue obligado a abdicar tras sólo 35 días de reinado, a raíz del Referéndum Institucional del 2 de junio del mismo año. Murió el 18 de marzo de 1983 en Ginebra, y fue enterrado en la abadía de Altacomba...

Algunos interpretan estos acontecimientos como meras coincidencias, porque no pueden negar los hechos, pero los que conocen la acción de Dios saben que en su misericordia siempre advierte de una u otra manera de las graves consecuencias que pueden tener ciertas decisiones de gran importancia, que afectan al destino del mundo y de la Iglesia.

Recordemos tan sólo el final de la vida del hombre más sabio de la tierra, el rey Salomón.

Cuando Salomón envejeció, sus mujeres lo atraieron hacia los extranjeros, y su corazón ya no permaneció enteramente con el Señor, su Dios, como el corazón de David, su padre. Salomón siguió a Astarté, la diosa de los de Sidón, y a Milcom, la abominación de los amonitas.

Salomón cometió lo que es malo a los ojos del Señor y no fue fiel al Señor como lo había sido su padre David.

Salomón construyó un lugar alto en honor de Camos, la abominación de los moabitas, en el monte frente a Jerusalén, y también en honor de Milcom, la abominación de los amonitas.

Lo mismo hizo con todas sus mujeres extranjeras, que ofrecían incienso y sacrificios a sus dioses.

*Por eso el Señor se indignó con Salomón, porque había apartado su corazón del Señor, Dios de Israel, que se **le había aparecido dos veces y le había ordenado que no siguiera a otros dioses, pero Salomón no observó lo que el Señor le había mandado.***

Entonces le dijo a Salomón: “Como te has comportado así y no has guardado mi alianza ni los decretos que te di, te quitaré tu reino y se lo entregaré a uno de tus súbditos”. (1 Reyes 11:4-11).

Basta con leer atentamente la historia, tanto la sagrada como la profana...

Alberto Marvelli, el cristiano que gustaba incluso a los comunistas

Alberto Marvelli (1918-1946), joven formado en el oratorio salesiano de Rímini, vivió su corta vida en el compromiso diario del servicio a los demás, con toda la intensidad que le permitían sus fuerzas. Su vida normal pero intensamente cristiana le llevó a la santidad, siendo beatificado en 2004 por el Papa San Juan Pablo II.

Alberto Marvelli, “ingeniero de la caridad”, tiene el encanto

de una santidad extraordinariamente normal. Alberto tiene un padre director de banco y una familia muy cristiana. Nació en Ferrara en 1918, pero a los 13 años él y su familia se instalaron definitivamente en Rímini, siguiendo a su padre en sus viajes de negocios. Es un chico de salud robusta y temperamento impetuoso, pero también tan serio que a veces hace pensar en un hombre adulto. Supera el gimnasio entre sesiones de estudio y sensacionales competiciones deportivas. A los 15 años, se matricula en el instituto clásico. Pero en esos mismos meses, la familia se ve duramente golpeada por la muerte de su padre. Él ya es delegado a aspirante y animador del oratorio de la parroquia de María Auxiliadora. Enseña catecismo, anima las reuniones, organiza la misa de los jóvenes. Con sólo 18 años, se convierte en presidente de la Acción Católica.

Al empezar el bachillerato, Alberto comienza su Diario y escribe: "Dios es grande, infinitamente grande, infinitamente bueno". Pero allí registraría su crecimiento como hombre y como cristiano a lo largo de toda su vida. Leemos en él un "pequeño esquema" estricto y fuerte que se da a sí mismo. Propone en particular: la oración y la meditación por la mañana y por la tarde, el encuentro con la Eucaristía, si es posible también todos los días, la lucha contra las mayores faltas: la pereza, la gula, la impaciencia, la curiosidad... Un programa que Alberto pondrá en práctica durante toda su vida.

Alumno que viaja diariamente

Entre los 60 candidatos al bachillerato clásico, Alberto ocupa el segundo lugar. El 1 de diciembre de 1936 (a la edad de 18 años) comienza su primer año de ingeniería en la Universidad de Bolonia. Comienza así la vida de estudiante a caballo entre Rímini y Bolonia. Estudio y apostolado en ambas ciudades. El ama de llaves de la tía que lo acogió en Bolonia daría testimonio con estas sencillas palabras: "Solía verlo día y noche trabajando duro por la universidad y el apostolado. A veces lo encontraba dormido sobre sus libros y con la corona en la mano. Por la mañana le veía en la iglesia a las 6 para

la misa y la comunión. Si los compromisos no le permitían comulgar antes, ayunaba hasta mediodía. Imponía una formidable penitencia a su apetito”.

Mientras Alberto termina la universidad, estalla sobre Europa el ciclón de la Segunda Guerra Mundial. Italia también se vio envuelta en ella. Licenciado en ingeniería, de agosto a noviembre de 1940 Alberto se encuentra en Milán, empleado en la fundición Bagnagatti, bajo los primeros bombardeos. El industrial testificará: “Pasó unos meses conmigo. Enseguida se familiarizó con todos los empleados y, en particular, con los más jóvenes y humildes. Se interesó por las necesidades familiares de los trabajadores y me señaló las necesidades particulares de cada uno, solicitando la ayuda que consideraba oportuna. Visitaba a los enfermos, animaba a los aprendices a asistir a las escuelas nocturnas. Inculcaba a todos un sentido inmediato y vivo de simpatía y cordialidad”.

30 de junio de 1941. Cuando Italia comienza su segundo año de guerra, Alberto se gradúa en ingeniería industrial con las mejores notas. Poco después, él también se pone el uniforme verde grisáceo y parte para ser soldado.

El servicio militar y la guerra

En enero de 1943, los rusos desencadenan su ofensiva en todo el frente occidental. L'Armira (Armada Italiana en Rusia), que ocupaba el frente del Don, se ve obligado a una legendaria retirada a través de los interminables campos helados, mientras los rusos y la escarcha matan. Allá arriba y acaba de llegar Raffaello Marvelli, y ha sido asesinado en combate. Para Mamá María es una hora muy dura. Alberto escribe en su diario palabras desnudas y sangrantes: “La guerra es un castigo por nuestra maldad, para castigar nuestro poco amor a Dios y a los hombres. Falta en el mundo el espíritu de caridad, y por eso nos odiamos como enemigos en vez de amarnos como hermanos”.

Es destinado a un cuartel de Treviso. Y es aquí donde se produce el “milagro” de Marvelli. Don Zanotto, párroco de S. Maria di Piave, escribió: “Cuando el ingeniero Marvelli llegó

a Treviso, en el cuartel de dos mil soldados, todos blasfemaban y reinaba la mala vida. Después de algún tiempo, ya nadie blasfemaba, quiero decir nadie, ni siquiera los superiores. El coronel, como blasfemo que era, se dedicó a reprimir la blasfemia entre los soldados". En septiembre, Italia se retira de la guerra. El ejército se disuelve. Alberto vuelve a casa. Pero la guerra no ha terminado. Los soldados alemanes han ocupado Italia, y los aliados intensifican los bombardeos de nuestras ciudades.

Entre los refugiados en San Marino

El 1 de noviembre, Rímini sufre el primer bombardeo aéreo. Sufrió trescientos y quedó reducida a una alfombra de escombros. Tuvieron que huir lejos, a la República libre de San Marino. En pocas semanas, esa estampa de tierra libre pasa de 14 mil a 120 mil habitantes.

Alberto llega allí sujetando el ronzal de un burro. En el coche de caballos va su madre. Giorgio y Gertrude empujan bicicletas cargadas de comida para sobrevivir. Son aceptados en uno de los dormitorios del colegio Belluzzi. Otras familias están en los almacenes de la República, muchas más se amontonan en los túneles del ferrocarril.

Es muy fácil, en momentos así, encerrarse en uno mismo, pensar en la supervivencia de los seres queridos y ya está. En cambio, Alberto está en el centro de los cuidados, a disposición de todos. Un testigo escribe: "Por la noche rezaba el rosario a voz bien alta en los dormitorios del colegio Belluzzi, luego se iba a dormir a las mejores horas junto a los conventuales; y por la mañana, en la iglesia llena de evacuados, participaba de la misa y comulgaba. Después anda de nuevo por todas las calles para encontrarse con todos los necesitados. Tomaba nota de las necesidades y, cuando no podía llegar, confiaba el trabajo a otros. Entraba en los túneles de donde la gente no se atrevía a salir". Domenico Mondrone añade: "Cada día recorría kilómetros en bicicleta, recogiendo alimentos. A veces volvía a casa con la mochila agujereada por la metralla que le estallaba por todos lados. Pero él, con

amigos que emulaban su valor, no se detuvo”.

Querían que fuera alcalde

21 de noviembre de 1944. Los aliados entran en Rímini. Alrededor, pueblos y bosques ardiendo, atascos de carros, camiones, coches. Muertes y desolación. Alberto regresa allí con su familia. Encuentra su casa (golpeada, pero aún habitable) ocupada por oficiales británicos. Los Marvelli se instalan en el sótano como pueden. En ese terrible invierno (el último de la guerra) Alberto se convierte en el criado de todos. El Comité de Liberación le confía la oficina de vivienda, el ayuntamiento le encarga la ingeniería civil para la reconstrucción, el obispo le entrega a los “licenciados católicos” de la diócesis. Los pobres asedian permanentemente las dos pequeñas habitaciones de su oficina, le siguen a casa cuando va a comer algo con su madre. Alberto nunca rechaza a ninguno. Dice: “Los pobres pasan enseguida, los demás tienen la cortesía de esperar”. Después de la paz, la miseria del pueblo continuó. En la guerra, muchos lo perdieron todo.

El año 1946 es devorado día a día por un sinfín de necesidades, todas urgentes. Alberto va a misa, luego está de guardia. A finales de ese año se celebran las primeras elecciones municipales. Acaloradas batallas entre comunistas y democristianos. Un comunista, que cada día veía en Marvelli no a un democristiano sino a un cristiano, dijo: “Aunque mi partido pierda... mientras el ingeniero Marvelli sea alcalde”. No llegaría a serlo. La noche del 5 de octubre, cenó rápidamente junto a su madre, y luego salió en bicicleta para dar un mitin en San Giuliano a Mare. A 200 metros de su casa, un camión aliado que circulaba a velocidad de vértigo le atropella, le arroja al jardín de una villa y desaparece en la noche. El trolebús lo recoge. Dos horas más tarde muere. Tiene 28 años. Cuando su ataúd pasa por las calles, los pobres lloran y envían besos. Un cartel proclama en grandes letras: “Los comunistas de Bellariva se inclinan reverentes para saludar a su hijo, a su hermano, que tanto bien ha esparcido por esta tierra”.

“Quiero ser útil a mi gente”. Lecciones de vida en el África Misionera

En 1995, hace 28 años, dejaba mi querida Argentina y partía hacia el África misionera con el mismo ideal de Ceferino Namuncurà, de llegar a ser un salesiano y sacerdote «útil a mi gente» en mi querida África.

Y aquí estoy, sentado bajo un noble y centenario árbol africano, con 36 grados de temperatura y 70% de humedad, reflexionando sobre mi vida misionera. Desde aquí contemplo la bellísima selva tropical pintada en mil matices de verde infinito, rebosante de vida, colmada de misterios y mil preguntas que esperan respuesta. Un verdadero mural multicolor como mi vida misionera: esbozada con mil colores, pintada con diversos matices y tonalidades, bendecida con desafíos y recompensas, con proyectos y sueños, y con pinceladas llenas de luz como para matizar los tonos más oscuros y difíciles de la misión.

Primeros pasos

Mis primeros pasos en África fueron pasos de descubrimiento y reverencia. África era distinta a como me la habían pintado los medios... Me dije, ¡«África es rica!» y como un adolescente, me enamoré de ella a primera vista... Me enamoré de la multiplicidad de sus paisajes y su exuberante geografía, su fauna y flora, sus mares y selvas, sus inmensas sabanas y desiertos. Es riquísima en recursos naturales: oro, diamantes,

petróleo, uranio, madera, agricultura, pesca. Enseguida me di cuenta que África no es pobre; eso sí, está muy pobremente administrada. Me enamoré de sus culturas, lenguas, colores, olores, y gustos. Me cautivaron sus ritmos, la música, la vibración de sus timbales, el sonido de sus instrumentos musicales, sus cantos, y sus danzas llenas de vida. Y por sobre todas las cosas, me enamoré de su gente y de sus jóvenes, porque ciertamente, ésta es su riqueza más grande: sus niños y niñas, sus jóvenes que representan el presente y el futuro del continente de la esperanza.

Tentación misionera

Cuando eres joven, sin experiencia, y llegas a la tierra de misión con mil expectativas y el corazón lleno de sueños, tu primera tentación es la de pensar que vienes a «salvar», que eres un «enviado», llamado «a cambiar el mundo», «a transformar», «a enseñar», «a evangelizar», y «a sanar». Es ahí donde tu tierra prometida te enseña el valor de la humildad. Y tú gente te enseña que, para ser misionero, hay que hacerse pequeño como un niño, hay que nacer de vuelta: hay que aprender a hablar nuevas lenguas, a entender costumbres nuevas y diferentes, a cambiar estilos de vida, formas de pensar y sentir. En la misión aprendes a callar, a recibir correcciones, a aceptar humillaciones, y a recibir shocks culturales. El verdadero misionero desaprende para volver a aprender hasta llegar al descubrimiento más lindo: es tu gente, tu pueblo el que te «educa», te «evangeliza», te «transforma», te «sana». Ellos se transforman en tu «Kairós», tu «tiempo de Dios», ellos son el «lugar teológico» donde Dios se te manifiesta y, finalmente, te «salva».

Lecciones africanas

Desde el hemisferio Sur, África tiene tanto que enseñarle al Occidente y al Norte, cristiano y «desarrollado». Estas son algunas lecciones que he aprendido en África.

La primera lección es «Ubuntu»: «soy, porque somos»

Los africanos aman la familia, la comunidad, el trabajar y celebrar juntos. Son profundamente generosos y solidarios, siempre dispuestos a dar una mano a quien lo necesite. Saben que el individualista perece en su aislamiento. Lo confirma la sabiduría africana: «Si caminas solo, vas más rápido, pero si caminas en grupo, llegas más lejos». «Se necesitan tres piedras para mantener la olla sobre el fuego». «El árbol que está solo se seca; el que está en el bosque vive». «Necesitas una aldea entera para criar a un hijo». Y en la misma línea: «Necesitas una aldea entera para matar a un perro rabioso». «Si dos elefantes se pelean, el que pierde es el pasto». La vida fraterna y la comunidad mantienen vivas a la familia, al clan y a la tribu.

La segunda, es el respeto por la vida y por los ancianos

Un hijo o una hija son siempre una bendición del cielo, una alegría para toda la familia, y manos para trabajar la tierra y para cosechar. La vida es un don de Dios. Por eso dicen que, «donde hay vida hay esperanza» y «protegiendo la semilla proteges la cosecha». Y como la expectativa de vida es baja, los ancianos son apreciados, queridos y «cuidados». Aquí no existen los geriátricos o los hogares de ancianos. Los abuelos son patrimonio de la aldea. Los chicos se sientan alrededor de sus ancianos para escuchar historias ancestrales, y la sabiduría de los antepasados. Por eso aquí decimos que «cuando muere un anciano, es como si se quemara una biblioteca» y «si olvidas a los ancianos, olvidas tu sombra».

La tercera es sobre el sufrimiento, y la resiliencia

La sabiduría africana dice que, «el dolor es un huésped silencioso», y afirma que, «a través del sufrimiento se adquiere sabiduría». Por eso dicen que «la paciencia es la medicina para todos los dolores». Transforman obstáculos en oportunidades. No temen al sacrificio ni a la muerte. Para

ellos perder una cosecha, un bien material, un ser querido, es una oportunidad para empezar de nuevo, para crear algo nuevo. Saben que nada se consigue sin esfuerzo y sin sacrificio; que el único camino para triunfar es entrar por puerta estrecha, y bendicen a Dios que da y quita al mismo tiempo.

Y una cuarta lección es sobre la espiritualidad y la oración

Los africanos son «espirituales» por naturaleza. Están dispuestos a dar la vida por lo que creen. Dios es omnipresente en sus vidas, en su historia, en sus charlas, en sus celebraciones. Toda actividad comienza con una oración y se termina con una oración. Por eso dicen sus proverbios, que «Cuando oras, mueve los pies» y «no mires a Dios sólo cuando tienes problemas», y «donde hay oración, hay esperanza». Si no se reza, la vida se convierte en insípida y estéril. Rezan como si «todo dependiera de Dios, sabiendo que al final todo depende de ellos», como diría un gran santo africano.

En mi vida misionera, yo soy misión

En tres décadas hemos levantado escuelas y centros de formación profesional, construimos iglesias y santuarios, capillas y centros comunitarios, hemos tenido intervenciones de emergencia durante las guerras civiles en Sierra Leona y Libera, abrimos hogares para los niños-niñas soldados, ayudamos a los huérfanos del Ébola, dimos asistencia para niños en situación de calle o niñas en situación de prostitución. Pero estas actividades no se identifican con la misión. Los frutos de la actividad misionera se miden en términos de transformación de vida. Y en este sentido confieso que he visto milagros: he visto a niños y niñas soldados reconstruir sus vidas, a chicos de la calle recibirse de abogados en la universidad, los he visto volver a sonreír y retornar a la escuela, he visto a las niñas en situación de prostitución volver a sus familias, aprender un oficio y recomenzar de nuevo.

Como dice el Papa Francisco, «no tenemos una misión, o hacemos misión». Nosotros somos misión. Yo soy misión. Mi misión es ser el «sacramento del amor de Dios» hacia los más vulnerables. Eso es, que ellos, a través de mis manos, mi mirada, mis oídos, mis piernas, mi corazón puedan experimentar que Dios los ama con locura, que les da vida, a través de mi vida entregada. Eso es para mí ser misionero salesiano. Por eso soy misión cuando me arrodillo delante de la Eucaristía pidiendo por su salvación; soy misión cuando estoy en el patio o en el hogar acompañando a los chicos, soy misión cuando viajo para llegar a las zonas más lejanas y peligrosas, soy misión cuando celebro la Eucaristía, confieso o bautizo. Soy misión cuando me siento a leer o estudiar pensando en ellos. Soy misión cuando armo un plan estratégico con mis hermanos o escribo un proyecto para mejorar la calidad de la vida de mi gente. Soy misión cuando levanto una escuela o una capilla. Soy misión compartiendo mi vida con ustedes que están leyendo.

Todos somos misioneros por vocación Queridos amigos: a través del bautismo todos estamos llamados a ser misioneros, a ser misión. No hace falta partir al África para ser misioneros. El llamado misionero es un llamado interior para dejarlo todo, para darse todo allí donde Dios nos ha plantado. No dar cosas, sino “dar-se a uno mismo”, “ser-para-compartir” mi tiempo, talentos, fe, profesionalismo, amor, servicio con los más vulnerables. Si sientes este llamado, no lo pospongas. La caridad de Cristo y la urgencia del Reino te están llamando.

don Jorge Mario CRISAFULLI, sdb, Inspector África Níger Níger

Ser amable como Don Bosco (1/2)

Ser amable es una cualidad humana que se cultiva, aceptando el esfuerzo que a menudo conlleva. Para Don Bosco no era un fin en sí mismo, sino un camino para conducir las almas a Dios. Exposición en las 42 Jornadas de Espiritualidad Salesiana en Valdocco, Turín.

Todas las cosas buenas de este mundo empezaron con un sueño (Willy Wonka).

No renuncies al tuyo (la madre de Willy Wonka).

Un escultor trabajaba afanosamente con su martillo y su cincel sobre un gran bloque de mármol. Un niño pequeño, que paseaba lamiendo helado, se detuvo ante la puerta abierta de par en par del taller.

El pequeño miraba fascinado la lluvia de polvo blanco, de pequeños y grandes trozos de piedra que caían a diestra y siniestra.

No tenía ni idea de lo que estaba pasando; aquel hombre que esculpía la gran piedra de manera frenética le parecía un poco extraño.

Unas semanas más tarde, el niño pasó por delante del estudio y, para su sorpresa, vio un león grande y poderoso en el lugar donde antes estaba el bloque de mármol.

Todo emocionado, el niño corrió hacia el escultor y le dijo: "Señor, dime, ¿cómo sabías que había un león en la piedra?"

El sueño de Don Bosco es el cincel de Dios.

El simple y singular consejo de la Virgen en el sueño de los nueve años "Hazte humilde, fuerte y robusto" se convirtió en la estructura de una personalidad única y fascinante. Y sobre todo un "estilo" que podemos definir como "salesiano".

Todo el mundo amaba a Don Bosco. ¿Por qué? Era atrayente, un

líder nato, un verdadero imán humano. A lo largo de su vida sería siempre un 'conquistador' de amigos leales.

Juan Giacomelli, que siguió siendo su amigo de por vida, recuerda: «Entré en el seminario un mes después que los demás, no conocía a casi nadie, y en los primeros días estaba como perdido en la soledad. Fue el clérigo Bosco, quien se acercó a mí la primera vez que me vio solo, después del almuerzo, y me hizo compañía todo el tiempo en los recreos, contándome varias cosas graciosas, para distraerme de cualquier pensamiento que pudiera tener de casa o de los parientes que había dejado atrás. Hablando con él, me enteré de que había estado bastante enfermo durante las vacaciones. Entonces se deshizo en atenciones hacia mí. Entre otras, recuerdo que como yo tenía un birrete desproporcionadamente alto, de la que varios de mis compañeros se burlaban, y que nos disgustaba a mí y a Bosco, que venía a menudo conmigo, él mismo me la arregló, ya que llevaba consigo el material necesario y era muy bueno cosiendo. Desde entonces empecé a admirar la bondad de su corazón. Su compañía era edificante».

¿Podemos robarle algunas de sus cualidades para llegar a ser también "amables"?

1) Ser una fuerza positiva

Alguien que mantiene constantemente una actitud positiva nos ayuda a ver el lado positivo y nos empuja hacia adelante.

«Cuando Don Bosco visitó por primera vez el mísero techo, que iba a servir para su oratorio, tuvo que tener cuidado de no romperse la cabeza, porque por un lado sólo tenía un metro de altura; por suelo tenía la tierra desnuda, y cuando llovía el agua penetraba por todos lados. Don Bosco sentía grandes ratas que corrían entre sus pies, y murciélagos que revoloteaban sobre su cabeza». Pero para Don Bosco era el lugar más hermoso del mundo. Y se puso en marcha a la carrera: «Corrí rápidamente hacia mis jóvenes; los reuní a mi alrededor y en voz alta grité: "Ánimo, hijos míos, tenemos un Oratorio más estable que en el pasado; tendremos una iglesia, una sacristía, salas para las escuelas, un campo de recreo". El

domingo, domingo iremos al nuevo Oratorio que hay está ahí en casa Pinardi. Y les enseñaremos el lugar».

La Alegría.

La alegría, un estado de ánimo positivo y feliz, fue la norma en la vida de Don Bosco.

Para él es más verdadera que nunca la expresión «Mi vocación es otra. Mi vocación es ser feliz en la felicidad de los demás».

Frente al amor no hay adultos, sólo niños, ese espíritu infantil que es abandono, despreocupación, libertad interior.

«Iba de un sitio a otro del patio, siempre con el alarde de ser un hábil jugador, algo que requería sacrificio y esfuerzo continuo. “Era encantador verle entre nosotros”, decía uno de los alumnos, ya de edad avanzada. Algunos estábamos sin chaqueta, otros la tenían, pero toda hecha jirones; éste apenas podía mantener los pantalones en las caderas, aquél no tenía sombrero, o los dedos de los pies sobresalían de sus zapatos rotos. Uno era desaliñado, a veces mugriento, grosero, importuno, caprichoso, y encontraba su deleite en estar con los más miserables. Al más pequeño le tenía un afecto de madre. A veces dos niños se insultaban y se pegaban por juegos. Don Bosco se acercaba rápidamente a ellos y les invitaba a parar. Cegados por la cólera, a veces no hacían caso, y entonces él levantaba la mano como para pegarles; pero de repente se detenía, los cogía del brazo y los separaba, y pronto los pequeños traviesos cesaban todas sus peleas como por arte de magia».

A menudo alineaba a los jóvenes en dos bandos enfrentados por la *barrarotta* (es el nombre de un juego), y haciéndose el jefe de uno de los bandos, montaba un juego tan animado que, en parte jugadores y en parte espectadores, todos los jóvenes se enardecían con estos juegos. Por un lado, querían la gloria de la victoria de Don Bosco, por otro festejaban por la seguridad de la victoria.

No pocas veces desafiaba a todos los jóvenes a superarle en la

carrera, y fijaba la meta otorgando el premio al vencedor. Y allí se alineaban. Don Bosco se levanta la sotana hasta la rodilla: – Atención, gritad: ¡Uno, dos, tres! – Y un enjambre de jóvenes se lanzaba hacia delante, pero Don Bosco era siempre el primero en llegar a la meta. El último de estos desafíos tuvo lugar precisamente en 1868 y Don Bosco, a pesar de sus piernas hinchadas, seguía corriendo tan rápido que dejó atrás a 800 jóvenes, muchos de ellos maravillosamente delgados. Los que estábamos presentes no podíamos creer lo que veíamos (MB III,127).

2) Preocuparse sinceramente por los demás

Una de las características de las personas “atrayentes” es la preocupación genuina y sincera por los demás. No se trata sólo de preguntar a alguien cómo le ha ido el día y escuchar su respuesta. Se trata de escuchar de verdad, empatizar y mostrar verdadero interés por la vida de los demás. Don Bosco lloró con el corazón roto por la muerte de Don Calosso, de Luis Comollo, al ver a los primeros chicos entre rejas.

La juventud anticlerical

De este joven haremos alguna mención porque es como el representante de otros ciento y pico de sus compañeros. En el otoño de 1860, Don Bosco entraba en el café, llamado de la Consolata, porque estaba cerca del famoso Santuario de ese nombre, y tomaba asiento en una sala apartada para leer tranquilamente la correspondencia que solía llevar consigo. En aquel local, un camarero despreocupado y cortés atendía a los clientes. Se llamaba Cotella Juan Pablo, era natural de Cavour (Turín) y tenía trece años. Se había escapado de casa en el verano de ese año, porque no soportaba los reproches y la severidad de sus padres. Le dejamos a él la descripción de su encuentro con Don Bosco, tal como se lo narró a Don Cerruti Francisco.

Una tarde, contó él, el patrón me dijo: «Lleva una taza de café a un sacerdote que está en aquella habitación». «¿Yo llevar café a un cura?», dije como sobresaltado. Los curas

eran entonces tan impopulares como ahora, incluso más que ahora. Yo había oído y leído todo tipo de cosas y, por tanto, me había formado una muy mala opinión de los curas.

Continué con aire burlón: «¿Qué quieres de mí, cura?», le pregunté a Don Bosco con pesar. Y él me miró fijamente: «Quisiera de ti, buen joven, una taza de café», respondió con gran amabilidad, «pero con una condición». «¿Cuál?» «Que me lo traiga usted mismo».

Aquellas palabras y aquella mirada me conquistaron y me dije: «Este no es un cura como los demás».

Le llevé el café; una fuerza arcana me mantuvo cerca de él, que empezó a interrogarme, siempre de la forma más cariñosa, sobre mi país natal, mi edad, mis ocupaciones y, sobre todo, por qué me había escapado de casa. Entonces: «¿Quieres venir conmigo?», me dijo. «¿Dónde?» «Al Oratorio de D. Bosco. Este lugar y este servicio no son para ti». «¿Y cuando estés allí?» «Si quieres, puedes estudiar». «¿Pero me mantendrás bien?» «¡Oh, piensa! Allí juegas, estás alegre, te diviertes...». «Bueno, bueno», respondí, «iré. ¿Pero cuándo? ¿Inmediatamente? ¿Mañana?» «Esta tarde», añadió D. Bosco.

Renuncié a mi patrón, que hubiera querido que me quedara unos días más, cogí mis pocos harapos y me fui al Oratorio aquella misma tarde. Al día siguiente, D. Bosco escribió a mis padres para tranquilizarlos respecto a mí, e invitándoles a acudir a él para el necesario entendimiento sobre su ayuda con la comida y los gastos correspondientes. En efecto, mi madre vino y, después de escuchar lo que dijo sobre el estado de la familia: «Bien, concluyó D. Bosco, hagámoslo así; tú pagas 12 liras al mes, D. Bosco pondrá el resto».

Admiré en esto, no sólo la exquisita caridad, sino la prudencia de D. Bosco. Mi familia no era rica, pero gozaba de suficiente fortuna. Si, por tanto, me hubiera aceptado gratuitamente, no habría hecho bien, pues esto habría perjudicado a otros más necesitados que yo.

Durante dos años sus parientes habían mantenido el acuerdo con Don Bosco respecto a la pensión, pero al comienzo del tercero dejaron de pagar y ya no quisieron saber nada: El joven,

aunque vivaz en grado sumo, era abierto, franco, de buen corazón, de conducta ejemplar, y sacaba mucho provecho de sus estudios. Ahora en este año escolar (1862 – 1863), cuando estaba a punto de entrar en la cuarta clase, temeroso de tener que interrumpir sus estudios, se sinceró con Don Bosco, quien le contestó: «¿Y qué importa si tus padres ya no quieren pagar? ¿No estoy yo ahí? **Ten por seguro que Don Bosco no te abandonará**». Y efectivamente, mientras permaneció en el Oratorio, Don Bosco le proporcionó todo lo que necesitaba. Cuando terminó el cuarto año de bachillerato y superó con éxito los exámenes, se puso a trabajar; y el primer dinero que pudo reunir con su trabajo, lo envió a Don Bosco a costa de privaciones y en pequeños plazos para completar el saldo de la pequeña pensión que sus parientes se habían olvidado de pagarle en su último año en el Oratorio. Vivió como un buen cristiano, difundió con celo las lecturas católicas, fue de los primeros en afiliarse a la unión de antiguos alumnos y mantuvo siempre una afectuosa comunicación con sus antiguos superiores.

3) Ser un buen escuchador

En un mundo en el cual todo el mundo parece estar hablando todo el tiempo, un buen oyente se destaca. Escuchar lo que alguien dice es una cosa, pero escuchar de verdad -absorber y comprender- es otra cosa. Ser un buen oyente no consiste sólo en permanecer en silencio mientras la otra persona habla. Se trata de participar en la conversación, hacer preguntas de profundización y mostrar un interés genuino.

El contacto como intercambio de energía.

Tenía una de las cualidades más raras: la “gracia de estar”. Una vida desbordante, como el buen vino de la cuba. Por la que miles de personas decían: «¡Gracias por estar ahí!» y «¡A tu lado yo soy un otro!»

«Escuchaba a los chicos con la mayor atención, como si las cosas que dijeran fueran muy importantes. A veces se levantaba o caminaba con ellos por la habitación. Cuando terminaba la

conversación, los acompañaba hasta el umbral, abría él mismo la puerta y se despedía de ellos diciendo: ¡Somos siempre amigos, eh!» (Memorias biográficas VI, 439).

4) La belleza del hombre bueno

Por esto Don Bosco es atrayente. El cardenal Juan Cagliero relató el siguiente hecho constatado personalmente cuando acompañaba a Don Bosco. Después de una conferencia celebrada en Niza, Don Bosco salió del presbiterio de la iglesia para dirigirse a la puerta, rodeado por la multitud que no le dejaba caminar. Un individuo de aspecto adusto permanecía inmóvil, observándole como si no estuviera tramando nada bueno. Don Cagliero, que no le quitaba ojo, inquieto por lo que pudiera suceder, vio acercarse al hombre. Don Bosco le habló: «¿Qué quieres?» «¿Yo? ¡Nada!».

«¡Parece que tienes algo que decirme!» «No tengo nada que decirle».

«¿Quieres confesarte?» «¿Confesarme? ¡Ni por asomo!»

«Entonces, ¿qué haces aquí?» «Estoy aquí porque... ¡no puedo irme!»

«Comprendo... Señores, déjenme solo un momento», dijo Don Bosco a los que le rodeaban. Los que lo reodeaban se apartaron, Don Bosco susurró unas palabras al oído del hombre que, cayendo de rodillas, se confesó en medio de la iglesia (cf. MB XIV, 37).

El Papa Pío XI, el Pontífice que canonizó a Don Bosco y que había sido huésped de Don Bosco en la Casa Pinardi en el otoño de 1883, recuerda: «Aquí respondía a todos: y tenía la palabra justa para todo, tan propia que asombraba: primero sorprendía y luego asombraba demasiado».

Dos cosas nos hacen comprender la eternidad: el amor y el asombro. Don Bosco las resumía en su persona. La belleza exterior es el componente visible de la belleza interior. Y se manifiesta a través de la luz que emana de los ojos de cada individuo. No importa si está mal vestido o no se ajusta a nuestros cánones de elegancia, o si no trata de imponerse a la atención de las personas que le rodean. Los ojos son el espejo

del alma y, en cierta medida, revelan lo que parece oculto.

Pero, además de la capacidad para brillar, poseen otra cualidad: actúan como espejo tanto de los dones que alberga el alma como de los hombres y mujeres que son objeto de su mirada.

En efecto, reflejan a quien los mira. Como cualquier espejo, los ojos devuelven el reflejo más íntimo del rostro que tienen delante.

Un viejo sacerdote, antiguo alumno de Valdocco, escribía en 1889: “Lo que más destacaba en Don Bosco era su mirada, dulce pero penetrante, hasta las tinieblas del corazón, en las que uno difícilmente podía resistirse a mirar”. Y añadía: “Normalmente los retratos y los cuadros no muestran esta singularidad” (MB VI, 2-3).

Otro antiguo alumno, de los años 70, Pons Pedro, revela en sus recuerdos: “Don Bosco tenía dos ojos que traspasaban y penetraban la mente... Se paseaba hablando y mirando a todo el mundo con dos ojos que se volvían en todas direcciones, electrizando de alegría los corazones” (MB XVII, 863).

Sabes que eres una buena persona cuando la gente siempre acude a ti en busca de consejo y aliento. La puerta de Don Bosco estaba siempre abierta para jóvenes y mayores. La belleza del hombre bueno es una cualidad difícil de definir, pero cuando está ahí, se nota: como un perfume. Todos sabemos lo que es el perfume de las rosas, pero nadie puede levantarse y explicarlo.

A veces sucedía este fenómeno, que un joven escuchaba la palabra de Don Bosco y no podía apartarse de su lado, absorbo casi en una idea luminosa... Otros velaban por la noche a su puerta, dando ligeros golpecitos de vez en cuando, hasta que se les abría, porque no querían irse a dormir con el pecado en el alma.

[\(continuación\)](#)

Mensaje de clausura de las 42ª Jornadas de Espiritualidad Salesiana

A mi queridísima Familia

Mis queridos hijos e hijas,

El sueño que hace soñar. Este es el legado que os dejo: un sueño. Ese sueño que ha guiado mi vida. Ahora es vuestro sueño. Lo que he tenido de más precioso, os lo doy a vosotros. Vino de lo alto y, como todo lo que nace de Dios, no puede morir. Ha sido mi vocación y mi misión.

Si estáis hoy aquí, es porque habéis sido **elegidos para una misión**. Esta es vuestra vocación: estáis llamados a continuar lo que yo he comenzado. A realizar hoy todos los sueños de Dios, que son también los míos. Y a realizarlos juntos, en familia.

Por eso **os pido que os vayáis**. Una vez más, márchense. Partir sin descanso, sin cesar.

Como Abraham, como José y María, como Leví, Simón, Andrés y todos los demás. Como hice yo.

Vete, dice Dios. Yo te diré adónde debes ir. No os cansáis. No os detengáis nunca.

Os dije a menudo: descansaremos en el Paraíso. Que esta sea vuestra dirección. Id al Paraíso y llevad con vosotros a tantos niños, niñas y jóvenes como podáis.

Creed en las más altas y bellas verdades. Confiad en Dios

Creador, en el Espíritu Santo que mueve todas las cosas hacia el bien, en el abrazo de Cristo presente en cada persona y que espera a todos al final de su existencia; creed, os espera, en la familia.

Confiad en la Maestra, dejad que os lleve de la mano. Ella nunca os abandonará.

Una Madre siempre mantiene el fuego encendido y la puerta abierta.

Estéis donde estéis, **iconstruid!** De pie, siempre. Si estáis abajo, ¡levantad! ¡El mundo os necesita! Nuestro rebaño está amenazado, los lobos acechan: sus colmillos se llaman violencia física, violencia afectivo-sexual, violencia económica, ciberviolencia y la terrible exclusión social.

Amad a las personas. Amad una a una. Respetad el camino de cada uno, sea lineal o atormentado, porque cada persona es sagrada.

Llorad con los que lloran, pero trabajad para que no haya más lágrimas en este mundo. «No llores», dijo Jesús a la viuda de Naín. Devolved los hijos vivos a las madres de este mundo.

Que vuestra manera de amar sea una fuerza transformadora que lleve a la felicidad. Tened un amor puro, sembrad alegría y por donde pases sé una bendición. No desperdiciad vuestra vida. Contaminad el mundo con vuestra alegría.

Salvaos de la indiferencia. Disfrutad del milagro de la luz, del agua viva y del pan compartido. Recordad que la fe humaniza. Siempre. Observad, aprended y sed pacientes, y dejad que Dios dicte los tiempos de la Providencia.

No dejad espacio para pensamientos amargos y oscuros. Este mundo es el primer milagro que Dios ha realizado, y Dios ha puesto en vuestras manos la gracia de nuevos milagros. Esperad siempre un milagro, en la vida cotidiana.

Sincronizad vuestros latidos en las lágrimas de tantos jóvenes empobrecidos. Y en la rabia de quienes sólo han encontrado injusticias y abusos. Tened las puertas siempre abiertas. Sed responsables de este mundo y de la vida de cada joven. Pensad que cada injusticia contra un pobre es una herida abierta en el corazón de Dios.

Trabajad por la paz entre los hombres, y no escuchad la voz de los que propagan el odio y la división. Que haya paz y perdón en vuestros hogares. Todos juntos formad una verdadera familia, una ciudad firme, un espacio inclusivo. Un Oratorio. Sed un Oratorio.

Que cada joven y cada mujer que encontráis crezca en sabiduría, en edad, en gracia ante Dios y ante los hombres, y se convierta en protagonista de una nueva humanidad.

Pedid cada día a Dios el don de la valentía. Recordad siempre que Jesús venció el miedo por nosotros. Venced al mundo con el arma de María, la ternura. Como ha recomendado el Papa Francisco: Jesús nos ha dado una luz que brilla en la oscuridad: defended, proteged esa luz. Esa única luz es la mayor riqueza confiada a vuestra vida.

Y, sobre todo, **soñad!! No tengáis miedo de soñar.** Soñad. Soñad con un mundo **que** aún no podáis ver, pero que sin duda llegará.

Organizad la esperanza. Cuidad la creación. La esperanza nos lleva a creer en la existencia de una creación que se extiende hasta su plenitud última, cuando Dios será todo en todos.

Nuestro sueño es como la vida: es todo lo que tenemos.

No lo dejáis morir. Así que vamos, vamos a cambiar el mundo. Juntos.

Don Bosco